

U N I V E R S I D A D



DE LOS HEMISFERIOS

Facultad de Comunicación

Tema:

Sueños del viento: crónica de Mompiche y la Isla de botellas Gurukan

Trabajo de Titulación para la obtención del Título de Licenciatura en Comunicación

Presentada por:

Cristina Correa Rosales

Tutor:

Juan David Bernal Mg.

Quito, febrero de 2020

RESUMEN

En estas páginas se recogen recuerdos de Mompiche y la creación de la isla de botellas, la Isla Gurukan. Aquí se narra sobre una playa y sus olas susurrando el adiós. En las letras se escuchan lágrimas de una diosa que se despegó del cielo porque se enamoró de este suelo. Es el eco de unos gritos para no dejarla escapar, es la vida que se escapa para vivir, para soñar. Es el sol que todavía no olvida a su diosa, es el sol recordando a su Isla Gurukan. Esta es la historia de un amor. Es la historia de un dolor que solucionó la contaminación de botellas de plástico. Es un sueño en una enfermedad crónica que pintó el cielo. Son los pasos de un héroe que inventó una solución. Es la huella que Gabriel Correa Rosales dejó en Mompiche reciclando 70.133 botellas de plástico. Cada línea lleva el nombre de un guerrero que escapó de su mundo para curar el planeta Tierra. Cada espacio está lleno de recuerdos de alguien que lo vivió. En estas hojas se recoge un sueño para que no se lo vaya a olvidar. La historia se convertirá en mito y el mito en este cuento.

Palabras clave: Mompiche, Isla Gurukan, reciclaje, contaminación, botellas de plástico, playa.

DECLARACIÓN DE ACEPTACIÓN DE NORMA ÉTICA Y DERECHOS

El presente documento se ciñe a las normas éticas y reglamentarias de la Universidad de Los Hemisferios. Así, declaro que lo contenido en este ha sido redactado con entera sujeción al respeto de los derechos de autor, citando adecuadamente las fuentes. Por tal motivo, autorizo a la Biblioteca a que haga pública su disponibilidad para lectura dentro de la institución, a la vez que autorizo el uso comercial de mi obra a la Universidad de Los Hemisferios, siempre y cuando se me reconozca el cuarenta por ciento (40%) de los beneficios económicos resultantes de esta explotación.

Además, me comprometo a hacer constar, por todos los medios de publicación, difusión y distribución, que mi obra fue producida en el ámbito académico de la Universidad de Los Hemisferios.

De comprobarse que no cumplí con las estipulaciones éticas, incurriendo en caso de plagio, me someto a las determinaciones que la propia Universidad plantee.

Cristina Correa Rosales

C.I.

DEDICATORIA

A la huella de un héroe que pisó el fin del mundo en nuestro tiempo: Gabriel Correa Rosales.

ÍNDICE

INFORME.....	10
SUEÑOS DEL VIENTO: CRÓNICA DE MOMPICHE Y LA ISLA DE BOTELLAS GURUKAN	10
Resumen	10
Abstract.....	10
1. Introducción	11
2. Metodología de la Investigación	14
CRÓNICA.....	20
SUEÑOS DEL VIENTO: CRÓNICA DE MOMPICHE Y LA ISLA DE BOTELLAS GURUKAN	20
1. Sentados a la orilla de un sueño	20
2. Lágrimas manchadas	22
3. Tierra dorada	32
4. Huellas de un comienzo	35
5. Historia del paraíso.....	41
6. Levantando al gigante dormido	50
7. El fuego de la esperanza	53
8. Dragones de la isla.....	55
9. Colores del horizonte.....	59
10. Estrellas de agua	65
11. De pie en el paraíso.....	72
12. Sueños bajo el agua.....	75

13. Isla de tambores.....	82
14. Grita por tus sueños.....	86
15. Un sueño que se va	90
Bibliografía	94

ÍNDICE DE FOTOS

Foto 1: La mirada de lo alto	20
Foto 2: La niña cruzando por el ejército de sal.....	22
Foto 3: Construyendo un sueño flotante.....	23
Foto 4: El sol reflejando su abrazo	25
Foto 5: El inicio de la aventura Gabeal	26
Foto 6: La puerta a un sueño	28
Foto 7: Lágrimas por la isla de madera ahogada.....	29
Foto 8: El sol firmando el contrato de las olas y su mar	30
Foto 9: Luces de oro en Mompiche.....	33
Foto 10: Pisando el fin del mundo en Mompiche.....	34
Foto 11: Huellas de la mujer dorada.....	35
Foto 12: Camino de chocolate.....	36
Foto 13: De reojo un sueño	37
Foto 14: Maquillando una sonrisa en la orilla de sus olas.....	38
Foto 15: Christian García, el Jinete de las olas.....	39
Foto 16: Gabriel surfeando en las alfombras de agua de Mompiche.	40
Foto 17: Tierra de colores.....	42
Foto 18: La casa del reciclaje	43
Foto 19: La basura separada ya no es basura	44
Foto 20: La ventana a un cuento.....	45
Foto 21: Una ruta para vivir	46
Foto 22: El Gabeal y los hoteles vecinos.....	48
Foto 23: Mompiche por el camino correcto	49

Foto 24: El jardín del cielo	50
Foto 25: Un sueño de botellas de plástico	51
Foto 26: Lanzando una cometa al viento.....	53
Foto 27: Lágrimas derramadas en un mural	54
Foto 28: El ejército preparado para la guerra	56
Foto 29: Fuego entre las aguas	58
Foto 30: Una plataforma de botellas al fondo de la boca del río.....	60
Foto 31: Johnny Carrión imaginando la isla.....	61
Foto 32: Huellas entre las botellas.....	62
Foto 33: La diosa escapando del cielo y su soledad.....	63
Foto 34: La diosa bañándose en el río, tocando la libertad	64
Foto 35: Con los pies en un sueño.....	65
Foto 36: Camino de estrellas	66
Foto 37: El horizonte enamorado	68
Foto 38: Inmortalizando un recuerdo	69
Foto 39: Guardianes de la isla	70
Foto 40: Amistad entre las olas	71
Foto 41: Rodrigo Ferreira, el Caballero de mar.....	72
Foto 42: Carmen Tuárez, Madre de la isla	73
Foto 43: Un piquero sube a la isla	74
Foto 44: Dejando de respirar	75
Foto 45: Perlas entre las flores	76
Foto 46: El dragón del arrecife.....	77
Foto 47: Sirenas entre la miel turquesa	78
Foto 48: Anaconda marina	79

Foto 49: El jardín es un secreto	80
Foto 50: El guía de un cuento	81
Foto 51: Algodón de azúcar en las olas	82
Foto 52: El hombre entre lágrimas de sirenas	83
Foto 53: El sol y sus lágrimas doradas	84
Foto 54: La esperanza de volver al horizonte.....	85
Foto 55: Creer, aunque no se pueda ver	86
Foto 56: Por la ventana de la isla brillaba el sol.....	87
Foto 57: Recordando un cuento.....	88
Foto 58: Milagro de 70.133 botellas de plástico	89
Foto 59: Recuérdame Mompiche	91
Foto 60: Gabriel despidiéndose de su diosa, diciéndole al mar adiós	93

INFORME

SUEÑOS DEL VIENTO: CRÓNICA DE MOMPICHE Y LA ISLA DE BOTELLAS GURUKAN

Cristina Correa Rosales

Universidad de Los Hemisferios

crisrina.correa.rosales@gmail.com

Resumen

En estas páginas se recogen recuerdos de Mompiche y la creación de la isla de botellas, la Isla Gurukan. Aquí se narra sobre una playa y sus olas susurrando el adiós. En las letras se escuchan lágrimas de una diosa que se despegó del cielo porque se enamoró de este suelo. Es el eco de unos gritos para no dejarla escapar, es la vida que se escapa para vivir, para soñar. Es el sol que todavía no olvida a su diosa, es el sol recordando a su Isla Gurukan. Esta es la historia de un amor. Es la historia de un dolor que solucionó la contaminación de botellas de plástico. Es un sueño en una enfermedad crónica que pintó el cielo. Son los pasos de un héroe que inventó una solución. Es la huella que Gabriel Correa Rosales dejó en Mompiche reciclando 70.133 botellas de plástico. Cada línea lleva el nombre de un guerrero que escapó de su mundo para curar el planeta Tierra. Cada espacio está lleno de recuerdos de alguien que lo vivió. En estas hojas se recoge un sueño para que no se lo vaya a olvidar. La historia se convertirá en mito y el mito en este cuento.

Palabras Clave: Mompiche, Isla Gurukan, reciclaje, contaminación, botellas de plástico, playa.

Abstract

The following pages talk about a memory, the memory of Mompiche and the creation of the island of bottles, the Island Gurukan. This is the story of a beach and its waves whispering goodbye. Between the letters you can listen someone crying, your can listen to her tears. It's the tears of a goddess who escape from heaven because she fell in love with

this planet. It's the echo of someone screaming to stop her from escaping; it's life that flies away to live, to dream. It's the sun that still can't forget his goddess; it's the sun remembering his Island Gurukan. This is the story of one love; this is the story of suffering for the Earth that is dying contaminated by plastic bottles. In your hands you have a dream in a chronic disease written by heaven. Here you can see the steps of a hero who created a solution. This is the footprint that Gabriel Correa Rosales left in Mompiche recycling 70,133 plastic bottles. Every line carries the name of a warrior who escaped from his world to heal the Earth. Every space is filled with memories from someone that experienced it. These pages carry a dream because it can't be forgotten. History will become a myth and the myth in this adventure.

Keywords: Mompiche, Island Gurukan, recycling, contamination, plastic bottles, beach.

1. Introducción

A Mompiche, un pueblo de 700 personas de la provincia de Esmeraldas en la Costa del Ecuador, sólo se llegaba por mar y por eso no contaba con la recolección de basura del país. Mompiche nació en las orillas de una playa virgen, solitaria, de arena negra, con aguas claras. La puerta al cielo era un secreto. Nadie conocía el camino, sólo aquellos caballeros de mar que en lugar de sangre cargaban agua salada entre las venas. Eran los nativos de Mompiche, los fundadores de ese sueño, los que atravesando el mar alcanzaron el paraíso. No había camino terrestre que llegue a aquel planeta y sólo los jinetes de aguas bravas lo habían conquistado.

Mompiche era ese suelo del cielo donde se reunían los nativos después de un día de pesca. Mientras el atardecer contaba en tiempo los pescadores se despedían del sol prometiendo cuidar de aquella tierra. Al ver sus aguas cristalinas y esa arena sagrada, besada por el mar, recogían sus desechos, su basura y todo lo que podía manchar su historia. Los jinetes tenían la costumbre de cuidar sus olas, de limpiar su suelo.

El rumor del paraíso corría por las calles del Ecuador y llamaba a turistas de Quito, Muisne y Pedernales. Así llegó Gabriel Correa Rosales a sus 11 años desde la capital y se enamoró de su suelo. Traía el sueño de caminar sobre las aguas como lo hacían los surfistas de Mompiche. El secreto de ese cielo lo había escuchado en la voz de Pablo Rosales, su tío materno, quién había entregado a ese pedazo de costa su corazón. Pablo

tenía una hacienda de palma africana en Mompiche y por las tardes corría entre las olas para despedirse del sol. Por eso construyó la Hostería Gabeal en la orilla para así vivir cobijado con el mar. El Gabeal fue la primera hostería de Mompiche, la primera que abrió los brazos a los que llegaban del continente. Su administradora Mariuxi Intriago dirigió los pasos de los turistas por los caminos del cuento. Vio como Gabriel creció desde sus 11 años, ella lo vio construir la Isla de botellas Gurukan.

Entre las olas, los jinetes de agua salvaje volaban con sus tablas de surf. Mientras bailaban con la marea su cuerpo se secaba, pero no se atrevían a despegarse de ese cielo porque no querían dejar a su ola escapar. Se morían de sed, y el sol no permitía que empiece a llover. Una idea aterrizó en los brazos de Pablo, la idea de un bar flotante. Así construyó una isla de madera redonda, con un diámetro de 10 metros, que flotaba como una media luna entre las olas. Parecía un pedazo que se había arrancado de un sueño y el sol la hacía brillar porque la quería engrandecer. Los surfistas subían y bajaban, y reían, y gozaban en la isla. No sabían que por dentro unas olas se envenenaban. Eran las hijas del mar que alimentaban su envidia día a día planeando ver a la isla morir.

Un día Mariuxi vio la isla de madera romperse. Las olas furiosas arrancaron sus anclas, la golpearon y la golpearon, y la azotaron en la orilla. Pablo la vio llorar, la vio morir y ahogó ese sueño en el fondo de su alma, y juró no verlo nunca más. No sabía que el mar fue testigo de su dolor y que había condenado a sus olas a un remordimiento de prisión.

Fue así como la marea sintió los pies de Gabriel en su orilla y como él despertó con su beso la ola azul. Las olas abriendo sus ojos gritaron por su héroe y le pidieron perdón. El sol les abrió las puertas de la libertad, porque ellas harían a Gabriel soñar. Desde lejos le habían susurrado al oído que regrese, que Mompiche necesita de su corazón. Lloraban con el viento dejando lágrimas en la espuma de la playa.

Gabriel a sus 18 años abrió la prisión. Graduado del Colegio Menor San Francisco de Quito partió al cielo para quedarse, para no regresar nunca más. Corrió por la luna y bajó desde el cielo. Cuando la tarde se acababa, cuando el sol se despedía Gabriel rompió las puertas de aquella cárcel. Con la punta de la espada dejó a la marea escapar. No sabía que ella lo había llamado desde lejos y que ella lo haría soñar. Fue así como en la noche las olas sembraron una estrella en su canción. Gabriel fue donde su tío Pablo a prometerle construir una isla de botellas de plástico.

Ahora Mompiche era grande, era un hombre con edad. La leyenda del paraíso había llegado desde lejos logrando que construyan un camino terrenal. Al fin tenía una carretera de concreto para que sea un cuento de verdad.

Los nativos habían dejado al mochilero quedarse. A través de los años los turistas atravesaron ese cielo llamando al mundo para que venga a visitarlo. Así Mompiche se había convertido en un pueblo de nativos y turistas que lo amaban y lo mantenían. Sin embargo, al ser un pueblo joven dependía de ciudades grandes para la recolección de basura. Pero los nativos que lo construyeron ya llevaban la costumbre de recoger sus desechos y hacerlo hermoso. Así contagiaban a los que llegaban para mantenerlo limpio.

Era en la hostería de Pablo Rosales donde separaban los materiales para reciclar. Pablo dirigía al pueblo pidiendo que dividan los residuos en compartimentos distintos para reutilizarlos. En la esquina de la hostería se encontraba la casa del reciclaje dividida en rincones de vidrio, metal, plástico, y material orgánico. Gabriel al iniciar la idea de la nueva isla pidió a Pablo todas las botellas de plástico. Juntos empezaron a construir la nueva versión.

Empezó ese sueño, regresó esa ilusión. Inició el principio de la leyenda redactada en una crónica, en la crónica de un sueño donde el viento se enamoró de la Isla de botellas Gurukan.

El objetivo de recoger ese pedazo de historia en una crónica consistió en informar acerca de la organización de un pueblo que nació y creció ordenando sus desechos, reciclando su basura, logrando crear un sueño flotante con 70.133 botellas de plástico. La historia lleva la meta de transmitir el ejemplo de Gabriel Correa Rosales quién dirigió a los mochileros y voluntarios para ordenar las botellas de plástico y construir una plataforma de 160 metros cuadrados. La crónica fue escrita para recordar al mundo que la disciplina de Gabriel construyó lo imposible porque empezó lo inimaginable y terminó con un regalo de Dios: el arrecife mágico entre las botellas de plástico. Con la Isla de botellas Gurukan Gabriel dio una nueva vida a desechos del ser humano creando un ecosistema donde no existía, logrando aumentar la biodiversidad en el mar. Gabriel sacó adelante a los caídos y dio a los mochileros una motivación. La historia algún día se preguntará: ¿Logró el proyecto de la Isla de botellas Gurukan construido por Gabriel Correa Rosales cambiar la percepción del reciclaje en la población de Mompiche?

A Mompiche llegaron 17 mochileros que trabajaron en el proyecto de la isla con Gabriel. Al depositar botellas en la malla practicaron el orden alcanzando el objetivo de la plataforma de 160 metros cuadrados. El plástico que el mundo desechaba, al organizarlo, servía como estación acuática. Gabriel dirigía las actividades día a día para lograr que el sueño se vuelva realidad. El ejemplo que dejó Gabriel en Mompiche puede recorrer un camino por el Ecuador. Su lucha en un país de Tercer Mundo enseñó a organizar los desechos plásticos para mantener el pueblo ordenado. El sueño permanece a través del tiempo en la memoria de sus habitantes. Su recuerdo ha viajado de boca en boca entre los que lo vivieron. La crónica tiene como objetivo llevar al mundo el mensaje de un proyecto que cambió el sentido de los desechos plásticos. Es responsabilidad de los testigos marcar con tinta la historia de un héroe que dio su vida y su sangre para construir una isla de botellas.

2. Metodología de la Investigación

La crónica Sueños del Viento fue elaborada utilizando el método de entrevistas e investigación de Mompiche y la Isla de botellas Gurukan. Para la recolección de datos se buscó testigos que vivieron el proyecto. De las 17 personas que trabajaron con Gabriel siete fueron entrevistadas. La isla estuvo en mar abierto desde el 8 de noviembre del 2014 al 6 de marzo del 2015. Recibió a 700 turistas durante sus 119 días de funcionamiento. Entre aquellos visitantes se recolectó datos de 27.

El pueblo de Mompiche está compuesto por 20 hoteles y hostales, y cuenta con 10 restaurantes. Para obtener información se acudió a seis personas de las empresas hoteleras, y a cuatro propietarios de los restaurantes. Para construir la narración de Mompiche y su historia se recurrió al testimonio de 17 nativos del pueblo.

El personaje principal entrevistado fue Gabriel Correa Rosales constructor de la Isla Gurukan. Se recurrió a 13 testigos que conocieron a Gabriel, así como a 8 personas que no lo conocieron pero que vivieron en Mompiche. Se acudió a 27 turistas de Mompiche para obtener una perspectiva externa del pueblo y la Isla Gurukan. Los datos se comprobaron a través del INEC y sus cifras del censo del año 2010.

Las entrevistas realizadas a los propietarios y trabajadores de los hostales, hoteles y restaurantes tienen una duración de 10 a 15 minutos cada una. Las preguntas realizadas siguen a continuación:

1. ¿Cuál es su nombre y apellido?
2. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Mompiche?
3. ¿A qué se dedica en Mompiche?
4. ¿Cómo es Mompiche?
5. ¿Cuáles son sus actividades cotidianas?
6. Si trabaja en un Hotel u Hostal: ¿a cuánta gente hospeda?
7. ¿Cuánto dura la temporada?
8. ¿Los turistas de dónde son?
9. ¿Cómo es el pueblo?
10. ¿Cómo es la vida de los habitantes en Mompiche?
11. ¿Qué actividades se practican en el pueblo?
12. ¿Por qué cree que los turistas escogen Mompiche?
13. ¿Cómo es el clima?
14. ¿Conoce a Pablo Rosales dueño de la Hostería Gabeal?
15. ¿Conoce a Gabriel Correa Rosales y el proyecto de la isla de botellas?

Si la respuesta es sí:

16. ¿En qué consistió el proyecto?
17. ¿Cómo se desarrolló el transporte de la isla al mar?
18. ¿Qué actividades se realizaban en la isla?
19. ¿Cómo funcionaba la isla?
20. ¿Qué efecto tuvo en el pueblo de Mompiche?
21. ¿Entregó usted botellas a la isla?
22. ¿Qué huella dejó el proyecto de botellas en el pueblo de Mompiche?

Los pescadores que trabajaron con el transporte de la isla al mar colaboraron con entrevistas cuya duración es de 5 minutos. Las preguntas realizadas siguen a continuación:

1. ¿Cuál es su nombre y apellido?
2. ¿A qué se dedica?
3. ¿Participó en el proyecto de la isla de botellas?

Si la respuesta es sí:

4. ¿Cómo funcionó el proyecto?
5. ¿En qué consistió su trabajo?
6. ¿Ayudó a llevar la isla al mar?
7. ¿Cómo se desarrolló el acontecimiento?
8. ¿Llevó a turistas a la isla?
9. ¿En qué consistían las actividades?
10. ¿Cómo fue trabajar con Gabriel?
11. ¿Cuáles eran sus actividades en la isla?

Los turistas aportaron con los datos de la isla colaborando con entrevistas de 4 minutos. Las preguntas que se realizaron son:

1. ¿Cuál es su nombre y apellido?
2. ¿A qué se dedica?
3. ¿De dónde es?
4. ¿Cómo es Mompiche?
5. ¿Qué actividades practica en Mompiche?
6. ¿Desde hace cuánto tiempo visita Mompiche?
7. ¿Visitó la isla de botellas?
8. ¿Cómo eran las actividades en la plataforma?
9. ¿Qué le pareció el proyecto?
10. ¿Cuántas veces visitó la isla?
11. ¿Qué deportes practicó en la isla?
12. ¿Cómo era el ambiente de la isla?

Las entrevistas a los testigos de la vida de Gabriel Correa y la Isla Gurukan tienen una duración de 15 a 24 minutos. A continuación se presentan las preguntas realizadas:

1. ¿Cuál es su nombre y apellido?
2. ¿A qué se dedica?
3. ¿Cuánto tiempo conoce a Gabriel Correa?
4. ¿Cómo es Gabriel?
5. ¿Qué actividades ha visto realizar a Gabriel?
6. ¿Cómo desarrolla sus actividades Gabriel?

7. ¿En qué experiencias de Gabriel ha sido testigo?
8. ¿Conoció el proyecto de la isla de botellas de Gabriel?

Si la respuesta es sí:

9. ¿Cómo fue el proyecto de la Isla de botellas Gurukan?
10. ¿Qué le pareció?
11. ¿Cómo funcionaba?
12. ¿Quién la visitaba?
13. ¿Cómo conocieron los turistas el proyecto?

Los nativos contribuyeron como testigos de la vida en Mompiche con entrevistas de 10 a 25 minutos. Las preguntas siguen a continuación:

1. ¿Cuál es su nombre y apellido?
2. ¿A qué se dedica?
3. ¿Cuántos años lleva viviendo en Mompiche?
4. ¿Cómo son sus actividades cotidianas?
5. ¿De qué se trata su trabajo?
6. ¿Cómo es la vida del pueblo?
7. ¿Cómo se enteran los turistas acerca de Mompiche?
8. ¿De qué países son los turistas que llegan a Mompiche?
9. ¿Qué actividades practican los turistas en Mompiche?
10. ¿Qué actividades ofrece el pueblo?
11. ¿Qué deportes se practican?
12. ¿Conoció el proyecto de la isla de botellas?

Si la respuesta es sí:

13. ¿Cómo funcionó el proyecto?
14. ¿Cuánto duró la construcción?
15. ¿Cuántas personas trabajaron con Gabriel?
16. ¿Cómo se llevó la isla al mar?
17. ¿Cuántas personas participaron?
18. ¿A qué distancia de la orilla la posicionaron?
19. ¿Cómo funcionaba el proyecto en el mar?
20. ¿Qué actividades ofrecía?

21. ¿Cuántas personas trabajaban con Gabriel en el mar?
22. ¿Cuántos turistas visitaban la isla día a día?
23. ¿Cómo funcionaba el proceso de reciclaje en el pueblo?
24. ¿Cómo separaban la basura?
25. ¿Dónde se realizaba el proceso de recolección y separación de desechos?
26. ¿Cómo organizó Pablo Rosales la separación de basura en la Hostería Gabeal?
27. ¿De qué estaba compuesta la isla?
28. ¿Cómo fue la organización de los plásticos?
29. ¿Qué efecto tuvo la isla de botellas en la vida del pueblo de Mompiche?
30. ¿Qué efecto tuvo la isla en los turistas?
31. ¿Qué quedó en la memoria del pueblo sobre la Isla de botellas Gurukan?

La información recolectada se ordenó a través del proceso que sigue a continuación. El esquema de la crónica se inició con la entrevista de Gabriel. Luego se recurrió a las entrevistas de las personas involucradas con el proyecto de la isla así como a los que conocieron a Gabriel. Entre aquellas entrevistas se acudió a los datos obtenidos de Christian García quién conoció a Gabriel durante 14 años. Christian vivió en Mompiche toda su vida y fue testigo del proyecto Gurukan. Enseñó a Gabriel a fabricar tablas de surf y a surfear. Acompañó a Gabriel durante la construcción de la isla y transportando el proyecto al mar. Además, Christian fue uno de los pescadores que aportó en la isla durante los cinco meses que estuvo en el océano. Sus labores consistieron en el cuidado y el mantenimiento de la isla, y el transporte de los turistas. Fue la mano derecha de Gabriel en el proyecto.

La Isla Gurukan trabajaba en conjunto con la Hostería Gabeal. Pablo Rosales, propietario de la hostería, fue entrevistado para la narración del proyecto de botellas, la historia de Mompiche y la vida de los nativos. Mariuxi Intriago, administradora de la hostería, fue testigo para narrar la historia de la isla y del pueblo. Marco Ruíz, propietario del Hotel Bambú, colaboró con datos de la vida en Mompiche y el proyecto de la isla. Mesías Carlosama, administrador de la hacienda El Pambil, localizada en Santo Domingo de los Colorados, cuyo propietario fue José Rosales, abuelo de Gabriel Correa Rosales, aportó con su testimonio para construir la narración de la infancia, adolescencia y vida adulta de Gabriel.

Las personas que trabajaron con Gabriel en el proyecto de la isla fueron 17. Entre ellos se encuentran Carmen Tuárez de Mompiche y Rodrigo Ferreira de Uruguay, quienes trabajaron en la plataforma durante los cinco meses que estuvo en el mar. Se entrevistó al pescador Arnold Quiñones por su aporte ayudando a jalar la isla al mar y con el transporte de pasajeros en su lancha. Johnny Carrión, surfista de Mompiche, aportó con su testimonio al ser una de las personas que construyó la isla con Gabriel.

Entre los entrevistados se buscó a aquellos que no tengan relación con Gabriel para obtener una descripción del pueblo de Mompiche. Entre ellos se encuentran Fernando Suárez quién trabajó en el Hotel San Antonio de Mompiche. Se obtuvo datos de Flor María Santillán, nativa de Mompiche y propietaria del Hostal San Juan de Dios. Eugenio Jama, pescador de Mompiche narró la vida en Mompiche, el reciclaje y la isla. Josa David Zambrano Loo propietario del restaurante “La Langosta”, aportó con su testimonio como nativo del pueblo y la isla. La entrevista de Juan Julio Ortega, nativo de Mompiche y propietario del “Bar restaurante Juanito”, fue utilizada para elaborar la historia de Mompiche, la isla, y la vida del pueblo. Marco Tulio Cheme, vocal de la junta de Mompiche y anteriormente presidente de los pescadores, aportó con datos para construir el relato la vida del pueblo de Mompiche, el turismo y la contaminación de botellas de plástico. Se acudió a Virginia Basurto, comerciante de Mompiche, para detallar la vida del pueblo y el turismo. William Gonzalo Tenorio, Cabo Primero de la Policía Nacional fue entrevistado para explicar acerca de la seguridad del pueblo de Mompiche, el turismo y la organización de los nativos.

Se entrevistaron también a turistas que visitaron la Isla Gurukan. Entre ellos se encuentran José Luis Intriago de Santo Domingo de los Colorados, Felipe Erazo de Colombia, Daniel Hartley de origen inglés y Juliana Rosales de Ecuador.

Los datos recolectados fueron analizados partiendo del efecto del proyecto de la isla en el pueblo y cómo éste llegó a ser el resultado de ordenar los desechos entre 700 personas. Las entrevistas fueron utilizadas para describir el pueblo de Mompiche, la vida de Gabriel y el desarrollo del proyecto de la Isla de botellas Gurukan. El proceso de redacción de la crónica duró cuatro meses y posteriormente se realizó su edición.

CRÓNICA

SUEÑOS DEL VIENTO: CRÓNICA DE MOMPICHE Y LA ISLA DE BOTELLAS GURUKAN

1. Sentados a la orilla de un sueño

Cuando Gabriel se sienta, abre sus brazos igual que la sonrisa, como si con un gesto regalara el sueño que acaba de hacerlo realidad. ¿Qué se sentirá haber creado lo imposible? Mientras toca su cabeza recuerda ese día, el día en que la diosa Gurukan salió a dar la vuelta al sol. Yo también estuve a la orilla del nuevo mundo viendo cómo se abrían las alas del cielo.

Foto 1: La mirada de lo alto



Autor: Cristina Correa Rosales

Empieza la aventura otra vez, porque narrarlo es volver a vivirlo y escribir es marcar con tinta esta historia.

Con la mirada suspendida en el tiempo, partí a ese mundo donde había amanecido Gabriel. Sentí como en el inicio de un momento se detenía el tiempo y era en ese instante, cuando nacía un sueño a la orilla del río: nacía la isla de Mompiche. Cuando pisé con los pies el aire me vi caminando alrededor de un pueblo que bordeaba la playa, donde corría entre la gente ese sueño de un mundo creado. Me acerqué a esos hombres y mujeres que habían construido Mompiche para que me regalen un pedazo de su historia.

Me contaron las sirenas de una ola de miles de metros de largo que, llorando trajo un niño perdido, montado en un caballo de plástico. Hablaban de aquel jinete que pedaleaba en el viento pintando sueños en el aire, coloreando el río, la playa, el firmamento. Me confesaron sobre unas lágrimas que nunca dejaron huellas, porque nadie las quiso recoger, contaron de esa niña que se quedó sola, sin su sueño, sin su niño, porque aquel niño nunca bajó de su bicicleta.

Era finales del año 2016 cuando la gente seguía narrando sobre aquella niña que la vieron correr. Algunos testigos me contaron que fue un noviembre cuando la arrastraron, cuando la llenaron de sogas, cuando más de 100 hombres la obligaron. Con detalles fui armando ese mosaico de aquella niña que no la podían olvidar. Poco a poco entendí que la niña era la isla que Gabriel había creado y con quien todos aprendieron a jugar. Entre notas recogí relatos para que su historia viva y se vuelva inmortal. Entre datos me explicaron que fue ese 8 de noviembre, de ese año donde todos reían y al mismo tiempo lloraban por un mundo, por una solución: fue en el año 2014. Me dijeron que entre nubes le convencieron, que todos le rodearon para rogarle, para implorarle que ya es hora y de rodillas le suplicaron que no le van a ahogar, que fue creada para vivir, para flotar. Con aquellos pedazos de recuerdos armé la historia que ocurrió en Mompiche y que sigue a continuación.

Foto 2: La niña cruzando por el ejército de sal



Autor: Leonardo de Luca.

2. Lágrimas manchadas

Por el pueblo todos corrían, todos los negocios se cerraban, porque llegaba la hora, porque la Isla Gurukan aprendía a nadar. Los hombres, aquellos embajadores de todos los países recogieron palos, espadas de bambú y se armaron como cruzados para sembrar la solución del mar. Cada uno había puesto una sonrisa en ella, cada uno la había pedido perdón porque alguna vez la manchó, porque alguna vez ofendió su tierra. Recordaban cómo habían bebido llantos para olvidar errores, cómo habían rogado en su país otra oportunidad.

Fue así como los mochileros escapando de su pasado, llegaron a Mompiche, al centro del planeta Tierra, donde un loco construía sueños en un río, sueños que nadie quería hacerlos realidad. Durante el día todos le veían recoger basura, recoger arcilla, recoger botellas. Observando se acercaba a los caídos, a los atrapados por un pasado, y alargando su mano también les recogía y les regalaba un nuevo comienzo:

—Ven a trabajar conmigo.

Foto 3: Construyendo un sueño flotante



Gabriel Correa (derecha) y Leonardo de Luca (izquierda).

Autor: Leonardo de Luca

Era Gabriel, el sobrino de Pablo Rosales propietario de la Hostería Gabeal de Mompiche. Era Gabriel, el surfista, el que todos conocen, el que no toma ni se droga, el que vive del viento y del deporte, y que en sus brazos lleva a todos.

Gabriel era aquel joven que podía sonreír con todas las estrellas del cielo porque su amabilidad enseñaba a creer que todo era posible. Al terminar sus estudios en el Colegio Menor San Francisco de Quito decidió buscar un sueño para hacerlo realidad. Con 18 años de vida y miles de cuentos inventados Gabriel sintió en su sangre la corriente del surf de Mompiche con la segunda ola más larga del planeta. Hace muchos años ya había viajado en esa ola, pero ahora era diferente. Esta vez llegaba para quedarse, para enamorarse de ese cielo porque quería aprender a volar.

Con el viento soplando por la playa caminé buscando esos hombres que trabajaron con Gabriel. Quería armar el pasado de Mompiche con la voz de aquellos que lo vieron crecer. Encontré hombres y mujeres que florecieron en esa playa y que habían tallado alas inmensas para volar alrededor de ese cielo. Christian García era uno de esos guerreros que se entrenó en sus olas de mar y que en sus manos tenía señales del ejército al que pertenecía. Había crecido entre los pájaros y la arena, y mientras Dios sacudía sus alfombras de agua Christian volaba, saltaba, surfeaba. Esa tierra era como un niño que empezaba a vivir, pero sin llorar y que habría sus ojos con el sol, y cuando el sol se iba los volvía a cerrar. Christian se alegraba al recordar su niñez mientras repetía: “dormíamos súper temprano, cuando caía la noche teníamos que dormir porque no había luz”. Envueltos de esa era natural se dejaban arrullar por el atardecer, se dejaban querer. Christian llegó a Mompiche envuelto en brazos de su madre, mientras su padre manejaba la lancha hacia la libertad. Había nacido muy cerca en la ciudad de Pedernales y sus padres le traían a una tierra jamás pisada para que descubra un mundo pequeñito que iba a ser gigante.

Así mudaron su vida a un mundo de paz viviendo una infancia de envidia, un tesoro entre las olas. Antes que el sol golpeará la ventana de la madrugada Christian y su hermano abrían los ojos al escuchar a su padre listo para la pesca. Salían corriendo hacia la orilla porque empezaba otro día en el paraíso de la infancia. Los niños de la playa crecían respirando copos de sal y corrían a jugar en el viento para despertar al sol. Christian se acercaba a la cama de su hermano para despertarlo:

—¡Despierta! Llegó otro día para jugar con el cielo. La marea trae un cuento para reventarlo entre las olas.

—¿Qué hora es?

—Son las 5 o las 4, pero eso no importa ya mismo amanece.

—¿Es nuestro padre el que se va a la pesca?

—Sí, porque empieza la mañana y hay que aprovechar el día.

Christian pensaba en esos momentos mirando al horizonte como atrapando un recuerdo. Mientras me hablaba de su pasado pisábamos la arena mojada, rodeada de botes. De sus ojos se escapaba una luz mientras decía: “nos levantábamos súper temprano, me

acuerdo con mi hermano cuando mi padre iba a pescar a las 5 de la mañana. Nosotros nos quedábamos despiertos bañándonos a esa hora”. Esas aguas sagradas habían sido besadas por el sol y el sol las quería tanto que las mantenía en un abrazo perpetuo de 25°C, porque las amaba.

Foto 4: El sol reflejando su abrazo



Autor: Cristina Correa Rosales

Christian creció caminando sobre las aguas, respirando aire del mismo Dios y se hizo un hombre. Cuando tenía 17 años conoció a Gabriel, el último hijo de cuatro hermanos entrenado para unir universos y llegar a las estrellas. En ese entonces Gabriel tenía 11 años y llegaba a visitar a su tío Pablo el dueño de la Hostería Gabeal.

—¿De dónde son? —Nos preguntó Christian cuando llegamos. Gabriel a mi lado asintió mientras yo respondía.

—Somos de Quito. Me contó mi tío Pablo que trabajas en su hostería dando clases de surf.

—Sí, y si quieren les puedo enseñar a surfear.

Pablo Rosales era ese hombre que gobernaba no sólo en la selva, en los ríos y en el aire, sino que amaba tanto ese pedazo de Costa que le había entregado su corazón. Creció coronando ríos y árboles, volando a caballo por cielo y por marea. Cuando pisó Mompiche descubrió para qué había sido creado y se quedó ahí para siempre. La hostería era ese hogar que recibía como pájaro a sus hijos que regresaban al nido. Mariuxi Intriago, encargada de administrar la hostería, guiaba a los huéspedes a iniciar esta aventura. Con una sonrisa daba la bienvenida a los viajeros y les invitaba a olvidarse del tiempo:

Foto 5: El inicio de la aventura Gabeal



Autor: Cristina Correa Rosales

—Bienvenidos a la Hostería Gabeal. Aquí están las llaves de su habitación. Cualquier pregunta no duden en acercarse que con gusto les ayudaré.

Los turistas abrían sus ojos de curiosidad acerca del pueblo al que acababan de llegar:

—¿Las olas dónde son?

—En la punta de la playa a la izquierda del horizonte.

—Y, ¿en el pueblo que se puede hacer?

—Hay restaurantes y artesanías. Además, pueden irse de tour en los botes que están en la playa.

Los turistas dejaban las maletas en su habitación mientras planeaban su día. Habían llegado a Mompiche, a ese lugar donde la vida sonreía y se detenía a respirar. Mariuxi, esposa y madre de dos hijos, sabía dentro suyo que la gente llegaba a Mompiche para olvidarse de todo por instantes y era un regalo ser la guía de aquella puerta. Aprendió trabajando, admirando a los que le enseñaban porque el ser humano estaba hecho para crecer y Mariuxi se dejó entrenar. La esposa de Pablo, Mayra de Rosales, le indicó los senderos para abrir los brazos a los que llegaban. Poco a poco la hostería se armó con un gran equipo que le mantenía marchando, caminando, para que levante a todos los heridos que venían por una canción. Mariuxi movía sus manos en el aire recordando el tiempo cuando creció: «Yo trabajé en la Hostería Gabeal durante trece años. Al principio daba la mano en cualquier cosa y así fui aprendiendo». En su corazón corría felicidad porque esos momentos la engrandecieron por dentro. Mariuxi vivió miles de travesías en la hostería y una de ellas fue la Isla Gurukan.

Foto 6: La puerta a un sueño



Autor: Cristina Correa Rosales

La idea de una plataforma flotante había sido soñada por muchos, muchas veces. Cuando el surfista sentía su lengua seca, e imploraba por un vaso de agua en medio de las olas, a Pablo se le ocurrió una solución. Hace mucho tiempo construyó una isla de madera para apoyar al deportista que no dejaba la corriente feroz. El surfista tenía terror y no quería dejar el juego por miedo a perder su ola. Así fue como Pablo construyó un bar en la punta de la playa. La isla de madera era una plataforma redonda que flotaba. Tenía un diámetro de 10 metros, formando un círculo. Sobre ella había un bar para brindar bebidas a los surfistas. Estaba compuesta por un casco redondo, que parecía una media luna naufragando en el mar.

Sin embargo, un día las olas no la perdonaron y de un golpe la arrancaron. Mariuxi miraba el suelo mientras rescataba el recuerdo triste en su corazón: «un día se arrancaron las anclas y el mar estaba enojado... tan fuerte que la ola la arrastró a la orilla. Las olas la golpearon y la golpearon, y la hicieron pedazos». Fue duro ver un sueño que se desvaneció entre las aguas, fue triste ver al océano llorar. El mar no pudo controlar sus hijas salvajes, olas llenas de envidia que al ver un sueño flotante decidieron hundirlo y tragarlo en su fondo de sal.

Foto 7: Lágrimas por la isla de madera ahogada



Autor: Cristina Correa Rosales

El mar entre lágrimas reclamaba:

—¿Por qué hijas mías, olas mías, ahogaron a la pequeña isla? Ella era una fuente en medio del sol.

—No podíamos aguantar su brillo, nos causaba mucho dolor.

—¿Hicieron esto por envidia?

—Cuando ella apareció tú, nuestro padre, nos dejaste de ver. Su belleza hipnotizó tu corazón.

—Han dejado una herida muy adentro y desde hoy me obedecerán. Serán firmes, serán mansas y nunca más arrojarán su ira.

—Si eso quieres danos una opción: cumpliremos tu maldición hasta que otro resucite la isla flotante.

—Trabajarán sin descanso porque nadie se atreverá a reconstruirla al ver lo que han hecho.

—Nosotras, convertidas en olas mansas, crearemos un guerrero que nos lleve a la libertad. Le haremos crecer y lo veremos soñar. El día que él empiece lo vamos a apoyar.

—Muy bien dicho olas mías aquí firmo el contrato. Rueguen al cielo que el castigo se acabe con la aparición de aquel cuento. Desde hoy trabajen e intenten volcar el tiempo porque el sol promete cumplir nuestro trato.

Foto 8: El sol firmando el contrato de las olas y su mar



Autor: Cristina Correa Rosales

Gabriel nunca pisó la primera isla flotante, pero escuchó el aullido en su corazón. Era un sueño que lo llamaba de lo profundo implorando aire, implorando vida. Era el planeta inmenso suplicando un detente, suplicándole que lo resucite. Después de años de crear plásticos el mar se empezó a ahogar. Por las noches las olas golpeaban las puertas de los que venían a verlo, como llantos en un aullido. Nadie las regresaba a ver, nadie las quería escuchar. Fue ahí cuando Gabriel recogió la esperanza perdida y desató su creatividad.

Su tío Pablo había socorrido a los surfistas y ahora era él quien socorrería al corazón del sol. Con la capacidad de que las botellas eran compartimentos aislados de aire se dio cuenta que podían ser el pulmón del planeta Tierra. Unió sueños y escuchó aullidos y con sus palabras escribió en el espacio. Mientras armaba su proyecto un día le pregunté de qué se trataba y sonriendo me explicó:

—Es un lugar de recreación turística flotante en el mar, hecho con botellas recicladas.

—¿Cuánto tiempo le tomará construirlo?

—Durará el tiempo que tome recolectar las botellas. Si se consiguen en seis meses la isla estará lista en seis meses. Si la recolección dura más tiempo será más largo el tiempo de construcción.

—¿Cómo está compuesto el armazón?

—Es un colchón de botellas envuelto por una malla cerrada, cubierta con arena donde se construirá una casa.

Gabriel, al haber escuchado acerca de la isla anterior, aquella isla de madera que se destruyó, puso atención a los defectos que tuvo para aprender. Con Pablo se unieron en un equipo para dirigir la nueva creación. Gabriel avanzaba tomándose de las manos de las experiencias del prójimo, como ascendiendo a través de una escalera. Con esperanza levantaba a los que habían perdido las fuerzas en el camino de la vida. Les narraba sus sueños para abrir la puerta del túnel en el que se habían sumergido. Con paciencia les acompañaba para que levanten sus brazos y nuevamente se atrevan a soñar.

Cuando la isla de botellas estaba lista las olas se pararon junto a la puerta. El tiempo en condena había terminado y ansiaban mirando el reloj. Llegaba Gabriel surfeando

entre los mares, llegaba Gabriel y atravesaba con su tabla el cuello del dragón. Aquel monstruo moría en la torre dejando a la libertad escapar.

Gabriel al soltar las olas esperó para verlas volar. Sin embargo, la marea al sentirse libre decidió quedarse junto a él. No quería alejarse de aquél que iluminaba su noche con estrellas.

Un día juntos hablábamos de lo que sus manos crearon y entre sonrisas Gabriel recordó su isla: “fue una plataforma de botellas que flotaba en el mar, que funcionaba como parque acuático”.

La Isla Gurukan atravesó caminos por donde nunca habían llegado huellas en el pueblo de Mompiche. Con este sueño los nativos abrieron sus ojos hacia un nuevo horizonte para volver a crecer. La isla era esa promesa de que todo era posible y su estela dibujaba esperanza. Los pobladores sabían que la isla marcaría su historia y les haría respirar otra vez.

3. Tierra dorada

En Quito, la capital del Ecuador, corría un rumor de un pueblo, que no era como Montañita, porque en Mompiche la fiesta era sana, aunque a veces perdida. En ese pueblo todos se escapaban un ratito para ver el cielo, el agua y el plancton en la noche. Hablaban del pueblo de Mompiche, aquel pueblo del cielo, que no se había despegado del planeta Tierra. El rumor corría de norte a sur, de país en país y la gente hablaba lo que veía, y hablaba porque sabía. A Mompiche llegaban viajeros frustrados, desesperanzados, que volvían a nacer, que volvían a soñar. Venían de Chile, Argentina, Uruguay, y además de Colombia, de Brasil y Paraguay. Bajaban del Norte y del Este, del Sur y del Oeste, a esa playa que alguien alguna vez contó, a ese Mompiche que nunca se oscureció.

Foto 9: Luces de oro en Mompiche



Autor: Gabriel Correa Rosales

Yo venía de un mundo de ciudad y busqué ese rumor del que todos hablaban. Quería encontrar ese secreto donde todos se perdían para llegar al cielo. Un día mi prima Juliana Rosales me compartió una inquietud. Ella vivió su infancia en Santo Domingo de los Colorados, y al empezar su adolescencia su familia se mudó a la capital. Tenía la carrera universitaria de Hotelería y Turismo y amaba viajar por el horizonte. Recuerdo que un día me preguntó:

—¿Conoces Mompiche? No sabes lo que te pierdes.

En ese entonces teníamos quince años y sin pensarlo viajé a esa tierra del secreto. Quince años después recorrí las calles de Mompiche para que su gente hable aquellas palabras guardadas. Algunas voces de los nativos me contaron que, cuando llegaron las sirenas por primera vez a Mompiche dejaron de respirar, porque sentían que su vida quería morir al estar paradas frente a las puertas del cielo. Vieron una luz blanca donde el mar brillaba tanto que se volvía espejo porque se pisaba la inmortalidad. Lo que sucedía era que en Mompiche el cielo se transformaba en reflejo del tiempo y lo detenía porque convertía la vida en un sueño. El sol, ese pedazo de pan dorado, calentaba el día como si

fuese el único lugar por calentar. Al final del horizonte se veía el fin del mundo mientras los pies se iban por el agua y el ser humano partía.

Foto 10: Pisando el fin del mundo en Mompiche



Autor: Gabriel Correa Rosales

La arena era negra con pedazos de gris porque era cielo estrellado de titanio combinado con marea de sal. Era esa mujer morena de piel dorada, que al caminar reflejaba los astros del más allá. Un día quisieron venderla sin ver que iba a llorar. La mujer dorada suplicaba quedarse en su cielo, pero el hombre la obligó a levantar su mano y a ondear en el viento un adiós. Esos llantos fueron recogidos por hombres y el 28 de marzo del 2012 el canal Ecuavisa envió el mensaje: “Desde hace aproximadamente diez años que se extrae la arena; actualmente una empresa minera está autorizada para trabajar en esta área. Tiene permiso para sacar 30 mil toneladas que serán utilizadas para fabricar cemento”. Los nativos, los viajeros, los que llegaban y los que se iban lloraban con ella para que no dividan sus pedazos. Parecía que la sirena negra iba a morir, pero no dejaba de respirar. Los visitantes al atravesar la playa y observar el camión cargado decían:

—¡No se lleven lo que queda de ella!

Al ser ignorados los mochileros repetían:

—¡Explotar la tierra perjudica al ambiente!

Foto 11: Huellas de la mujer dorada



Autor: Cristina Correa Rosales

Un día amaneció de otro color y empezó a escucharse el silencio. Se había acabado el martirio, era tiempo de soñar. La extracción había llegado a su fin y se había hecho trámites para su protección. La gente gritaba, cantaba, sonreía. Al fin Mompiche era protegido y sólo el que llegaba con alegría podía sembrar. La historia había escrito y había iniciado el sueño de sólo turismo para Mompiche.

4. Huellas de un comienzo

Hace quince años el camino que conducía hacia la playa del viento parecía de chocolate. Su tierra mezclada con agua de lluvia parecía que iba a tragar a los que se atrevían a tocarla.

Foto 12: Camino de chocolate



Autor: Cristina Correa Rosales

Solo los valientes cruzaban porque los ponía a prueba y ese logro premiaba dejándoles ver Mompiche. Yo atravesé ese pantano con Gabriel, nuestros padres y nuestros hermanos. Por la ventana del auto se veía de reojo un sueño. Entre las curvas el camino daba aliento y mostraba esas aguas eléctricas como de mercurio, infinitamente limpias. Era una playa sola y hermosa, como una niña jugando con mariposas. La brisa peinaba su arena, su cara mientras maquillaba una sonrisa en la orilla de sus olas. Mompiche era ese paraíso del Nuevo Mundo, de ese mundo de América Latina donde el tiempo se quedaba sin fin.

Foto 13: De reajo un sueño



Autor: Cristina Correa Rosales

Gabriel pisó ese cielo a sus 11 años. Jugaba entre las olas derrumbando el viento con castillos de arena. En la segunda ola más larga del planeta caminaban surfistas. Venían por dentro y por fuera del país a navegar el límite del planeta Tierra. Sus tablas, de fibra y de balsa, fueron pulidas alguna vez por manos de héroes en busca del viento. Eran sueños hechos realidad creados para que los lleve lejos, para olvidar un ratito los dolores y los problemas de la vida.

Foto 14: Maquillando una sonrisa en la orilla de sus olas



Autor: Cristina Correa Rosales

Cuatro años más tarde, con 15 años de edad, Gabriel empezó a fabricar su propio suelo de surf. Con sus manos empezó a moldear la fibra de vidrio mezclándola con resina en una base de poliuretano. Pasaba días en su casa de la capital lijando sueños, puliendo alas que lo lleven lejos. Investigaba libros de mares, océanos y olas, y además leía sobre diferentes tipos de fibra de vidrio y resina para armar las tablas de surf. Buscaba nuevos materiales para crear su suelo en las aguas.

Christian daba consejos a Gabriel para armar ese pedazo de historia. Al ser nativo de Mompiche aprendió a caminar sobre las olas casi al mismo tiempo que supo leer. Con sus palabras Christian contaba: “aprendí a los siete años, empezaron a llegar norteamericanos con tablas de surf. Yo me acuerdo que usaba un pedazo de tabla de madera para deslizarme en la ola acostado”. Como niño dejó que su imaginación abra los brazos y lo lleve al cielo, y buscó lo que la playa proveía. Su creatividad le regaló

habilidades para que la madre naturaleza agrande sus alas y viaje entre los mares. Mompiche era su dueño y lo entrenaba para llegar muy alto. Un día, en el campeonato Nacional Junior de Surf la voz proclamó:

—El Campeón Nacional Junior de Surf es Christian García.

Participó en algunas competencias de aquel deporte acuático y viajó a Chile donde obtuvo el título de Campeón Surf Rider.

Foto 15: Christian García, el Jinete de las olas



Autor: Cristina Correa Rosales

El camino de Christian era ampliado por el surf, camino que no dejaba de compartir con Gabriel. Llevaba la sabiduría de las aguas en su sangre y quería hacerlas florecer. Gabriel era ese hombre que ponía el plan en acción y que seguía los consejos de Christian para fabricar tablas de surf. Christian pensaba en los comienzos de esos proyectos mientras narraba: «Gabriel quería aprender a hacer tablas porque le gustó surfear y me preguntó como hacerlas, la tela, qué materiales llevaban y empezó a experimentarlas».

Foto 16: Gabriel surfeando en las alfombras de agua de Mompiche.



Gabriel Correa Rosales (izquierda).

Autor: Anónimo (fuente: Facebook)

Un día al bajar de las olas Gabriel fue con la intriga donde Christian:

—¿Cómo se hacen las tablas de surf?

—Llevan fibra de vidrio mezclada con resina. La base es de poliuretano que se lija formado la curva para luego cubrirla con fibra. Los materiales deben seguir un orden para formar la tabla.

En el taller de Gabriel, en su casa de la capital, fabricaba tablas de surf que compartía con Christian. Luego viajaba a Mompiche llevando los grandes sueños creados y Christian las lanzaba a las olas para probarlas.

—Christian traigo nuevas tablas.

—¿En serio, ya están listas?

—¡Sí! ¿Quieres probarlas? Por la tarde llegan olas.

—Claro, a las 4 nos vemos.

Cuando Christian pensaba en aquellos días de Gabriel, su rostro reflejaba orgullo por tal amistad: «Él ahora mismo se fabrica sus tablas y me dio algunas para probarlas». Mientras el uno creaba el otro ponía el plan en acción. Así las tablas fueron evolucionando en el tiempo convirtiéndose en pedazos de sol.

En Mompiche todo era un nuevo comienzo del que muchos hablaban. Los de la capital buscaban esos rumores para escapar de la rutina y volver a crecer. Porque en la ciudad no se vivía como en el agua, no se cantaba con amplitud. Desde Quito venían los que se llenaban de sueños y volvían a ser niños otra vez.

5. Historia del paraíso

Mompiche era un pueblo que vivía en eterno reciclaje. Reciclaba sueños, reciclaba vida, reciclaba basura, porque reciclaba todo. Con 700 habitantes en una extensión de 5 hectáreas o 50 mil metros cuadrados, Mompiche ordenaba su basura. Empezó siendo virgen, siendo secreto al que no se llega por tierra. Era esa playa donde los pescadores se detenían a mirar al sol despedirse del planeta. Era ese momento donde después de un día de pesca no querían que se acabe el tiempo, no querían que amanezca. Era ese tesoro para contemplar, porque cambiaba los colores del cielo, del agua y del tiempo. Todos se volvían amigos, se olvidaban de sus errores, borraban resentimientos. En Mompiche gozaban porque soñaban y cada hombre quería mantenerlo así, quería volverlo eterno.

Cuando el sol se despedía recogían sus desechos, sus escombros y todo lo que habían llevado que no pertenecía a esa tierra, porque no querían dañarlo, porque admiraban su limpieza eterna.

Foto 17: Tierra de colores



Autor: Cristina Correa Rosales

En la Hostería Gabeal, aquella que pertenecía a Pablo Rosales, se encontraba en una de sus esquinas la casa del reciclaje. En el año 2011 conocí ese hogar donde los materiales desechados recibían un nuevo comienzo. Pablo me llevó por la puerta donde permanecía el aire de agua salada, el viento de la Costa y la pureza del cielo. Parecía un cuarto que albergaba materiales sin utilizar. La casa tenía la extensión de 64 metros cuadrados con una forma rectangular. Albergaba en cada lado un material distinto. Cerca de la puerta iniciaban los compartimentos de vidrio, seguidos por los de metal. Pablo explicaba a su empleado:

—Divide cada material y ponlo en su lugar porque la basura separada ya no es basura.

Foto 18: La casa del reciclaje



Autor: Cristina Correa Rosales

En el centro de la casa se encontraban cuadrados con paredes de concreto. Llena de curiosidad pregunté a Pablo en qué consistían y sonriendo me explicó:

—Son compartimentos de basura orgánica que se transforma en un abono llamado biol. Se compra una bacteria que al comerlo todo lo descompone y lo convierte en abono.

—¿Y dónde lo utilizas?

—Tengo una plantación de palma africana. Son 300 hectáreas en Mompiche, fertilizadas con biol. El proceso natural ha logrado que la finca obtenga Sello Verde de Holanda.

La cabaña que alojaba la basura tenía un orden impecable. En la pared frente a la entrada se encontraban redes inmensas. Dentro de ellas había botellas para unirse a la Isla Gurukan.

Foto 19: La basura separada ya no es basura



Autor: Cristina Correa Rosales

En silencio, mientras recorría los residuos, me preguntaba de la eficacia de separarlos. Si cada persona producía una libra de desechos se obtendrían 8 billones de libras en el mundo. Si de aquella cifra se reutilizaría un 90% serían 7,20 billones de materiales reutilizados. La población mundial en lugar de contaminar el medio ambiente crearía materiales de construcción. Caí en cuenta que Mompiche era ese ejemplo que cambiaba desperdicios por sueños.

Volviendo a aquellos años donde Mompiche empezó a crecer, en el año 2001, el hombre empezó a construir un camino a base de concreto. Los turistas que llegaban descubrían el paraíso terrenal y no querían destruir esa tierra. Lo pisaban casi sin arrimar los pies para que el cielo no se resienta, para que siga durmiendo el niño perfecto y que nunca lllore, que nunca sangre, que nunca sufra. Los nativos al ver al extranjero amar, le

dejaban quedarse, le dejaban vivir ahí, porque en verdad amaban al niño, amaban al joven, y el amor los conservaba.

Mompiche parecía esa tierra donde un suspiro se convierte en mariposas. Parecía aquel lugar que describe el autor J. R. R. Tolkien (1892-1973), profesor de anglosajón y literatura y lengua inglesa, de la Universidad de Oxford en Inglaterra, cuando habla de una comunidad hermosa en su libro *El Señor de los Anillos*: “En cuanto a los Hobbits de la Comarca... conocieron en un tiempo la paz y la prosperidad y fueron entonces un pueblo feliz”. Pues la gente ahí se transformaba, la gente volvía a sonreír, volvía a crecer, se olvidaba del pesimismo del pasado y empezaba a vivir otra vez.

En noviembre del 2016 Mompiche parecía un tigre entre la maleza preparado para atacar. Sin embargo, con sus ojos de luna recibía a los recién llegados y los guiaba al más allá. Era un compañero para el que viene de adentro del continente, un compañero para cuidarle de la sociedad. Sonriéndoles los veía y les daba la bienvenida:

—Soy ese mundo feroz que les va a defender de todo, que les llamaba entre sueños para que se refugien de sus heridas. Soy ese canto que lanzaban al viento esperando una razón para vivir. Hoy les recibo en paz ¡Bienvenidos a este cuento!

Foto 20: La ventana a un cuento



Autor: Cristina Correa Rosales

Cuando el tigre se acostaba convertía su cuerpo en un pueblo amarillo de bambú. Su columna vertebral era esa vía que conectaba la carretera con una playa transparente rodeada de pelícanos asechando peces. De su boca salían cohetes de furia convertidos en lanchas buscando pesca para que a la fiera no se le ocurra gritar. Cuando el felino extendía sus cuatro patas se estiraba tanto que a través de ellas caminaban los turistas y se alojaban en sus hoteles.

Foto 21: Una ruta para vivir



Autor: Cristina Correa Rosales

En el brazo derecho de Mompiche, en la última calle que se extendía de la vía antes del mar, se encontraba el Hotel Bambú. Había sido construido por hombres de Chile para alojar a los que llegaban. Marco Ruiz era uno de sus propietarios que había armado ese sueño donde quedarse. Utilizaron cinco años de tiempo para inventar su castillo de bambú y con la ambición mezclada por la libertad lograron hacer realidad un cuento. Las ganas de dar al viajero lo mejor les inspiró a crear 42 habitaciones. Además, contaban con dos restaurantes para dar al mochilero fuerzas del sol mientras la sala de yoga y masaje los obligaba a dejar sus problemas atrás. En la entrada del hotel se encontraba uno de los dos bares que ofrecía, donde el turista gozaba y sonreía.

Marco Ruiz vio a muchos atravesar el pueblo y con sus ojos sabía que aquel que llegaba se quería quedar. Después de tantos años de ver sus calles y escuchar los cielos describía lo que Mompiche era: «un pueblo chiquitito, un pueblo de 700 personas, básicamente un pueblo de pescadores y turistas». Los años habían marcado a Mompiche, habían dibujado rayas en el pelaje del tigre para hacerlo grande, para que sea hermoso.

Con el tiempo el tigre inspiraba a sus hijos a quedarse porque los había llamado desde lejos. Mompiche era ese suelo del cielo donde todo era posible, donde aterrizaban los llamados a construirlo. En sus brazos traían pedazos de su pasado y de su tradición, como semillas de sueños para dar. Así recogieron recetas para compartir sabores y dibujaron artesanías con sus dedos. El pueblo era esa combinación de países de todo el mundo que se daba la mano para jugar otra vez. Marco Ruiz miraba la fecha y hablando en su presente describía: “hay mucho este año de gastronomía porque hay muchos restaurantes nuevos que han abierto... se está poniendo interesante esta ruta para que la gente se quede más tiempo”. La creatividad caminaba por las calles abrazando al turista que se atrevía a gastar sin arrepentirse, porque sentía que en lugar de dar recibía.

Además, el pueblo ofrecía las actividades con las que sus nativos habían crecido: la pesca. Un día Marco Ruiz decidió acercarse a un pescador:

—¿Me lleva a pescar?

—Claro, salimos mañana a las 5 de la madrugada.

Los pescadores eran esos pilotos de aguas bravas que guiaban a la persona terrestre en el mundo del océano. Así como Marco, se acercaban los viajeros a los pescadores para conocer ese mundo por atrás de las olas.

Otro hotel casi vecino del Bambú, a sólo tres casas más allá, el Hotel San Antonio, formaba parte de esa atmósfera de paz. Entre sus empleados trabajaba Fernando Suárez con tan solo un año de tiempo en el lugar. Recordaba cómo el tigre había abierto sus brazos para acogerlo, para que no tenga miedo de quedarse. El mismo tigre hacía de sus hombres y mujeres gente bella, gente hermosa. Fernando Suárez describía ese ambiente con una sonrisa atravesándole el rostro: “la gente del pueblo es bien amable”. Era uno de los que llegaba para brindar al turista esa paz que ofrecía la playa.

Foto 22: El Gabeal y los hoteles vecinos



Autor: Cristina Correa Rosales

Como un gato feroz Mompiche mantenía la línea recta y dejaba que sus hijos se diviertan. Sus habitantes educaban al prójimo para darle pureza y brindarle sencillez. Fernando Suárez explicaba en ese entonces que los viajeros se quedaban por “el atractivo que es, por la tranquilidad, quieren paz y vienen a Mompiche. No hay demasiada bulla, no hay robos, no hay nada de eso; por eso, Mompiche es agradable”. Ese pueblo que parecía de cuento era real y ya no era un recién nacido porque estaba creciendo. Sus habitantes se guiaban por el bien del tigre y seguían el norte de lo correcto para hacer un Mompiche perfecto.

Foto 23: Mompiche por el camino correcto



Autor: Cristina Correa Rosales

Casi cerca de llegar a la hostería de Pablo Rosales, la Hostería Gabeal, al frente de la puerta, al otro lado de la calle, se hospedan huéspedes en el Hostal Voluntad de Dios. Su propietaria Flor María Santillán llevaba más de seis años viviendo en Mompiche. Sus ojos eran testigos de cómo la playa atravesaba el tiempo sin despeinarse, sin molestarse porque era un lugar eterno. Flor María miraba el viento y hablaba de aquel mundo llenándose de alegría: “es muy lindo, muy bonito, tranquilo... todavía está virgen, no hay ningún problema gracias a Dios”. En su hostel acogía a los latinos que llegaban a respirar un poco de aire puro. Durante la temporada que recorría noviembre hasta marzo llegaban algunos buscando esa tranquilidad. Flor María recolectaba comentarios que había escuchado: «a todos los turistas que vienen les encanta». Los viajeros se habían acercado para decirle:

—¡Esto es un paraíso!

Foto 24: El jardín del cielo



Autor: Cristina Correa Rosales

Miraba el cuento escrito por tantos en el pueblo de Mompiche y con orgullo sonreía. Era un mundo libre, era un tigre nacido para volar. Como felino animaba a los viajeros y a los nativos impulsándolos a crear.

Un día el tigre llamó a Gabriel y le rogó quedarse. Fue en esa tierra paradisíaca donde el héroe sintió el comienzo de un mundo nuevo para sembrar su corazón. Inició su travesía de olas y viento, y se convirtió en un hombre que formó Mompiche.

6. Levantando al gigante dormido

Cada persona trajo esperanzas a un pueblo que parecía perdido, que parecía abandonado, cuando en realidad era un sueño que nadie había podido olvidar. La isla era ese rompecabezas de botellas de plástico, de desechos que el hombre sacó del petróleo, de

ese oro negro que contaminó el viento, el aire, la salud y la vida. Un día un loco tuvo un sueño, un sueño de crear con los residuos un paraíso eterno, perfecto, marcado por la huella del hombre: la isla de botellas.

Foto 25: Un sueño de botellas de plástico



Autor: Cristina Correa Rosales

Recoger los pedazos de un mundo que nunca le importó fue un reto. Cambiarlo todo y devolverlo con una sonrisa se parecía a la metamorfosis de un lienzo que, a través de pinceladas del artista, el azul se convertía en turquesa transformándose en aguas tranquilas. De su calma se despertaba una ola que cargaba en sus brazos una mujer. La dama en lugar de piernas llevaba una cola y lentamente se acercaba a la orilla recogiendo un barco de papel. Por la arena corría un niño que horas antes dobló una hoja y lanzó aquel bote entre los mares con la ilusión de que el recuerdo regrese. Por el cielo de aquel lienzo el revoloteo de una mariposa dibujaba esperanza.

Las manos de Gabriel atravesaban un camino. El secreto estaba en como dirigía sus ojos. Mirar el tiempo y creer que se podía cambiar era vivir, era soñar.

Cuando Gabriel creaba el proyecto de botellas sonreía, porque dirigía la vida con ilusión. En la hacienda de su abuelo, en Santo Domingo de los Colorados conocían su determinación. Ahí lo vieron correr, lo vieron crecer. Montaba a caballo con los pelos de punta mientras el viento gritaba:

—¡Gabriel no le tienes miedo a nada!

Entre ríos se movía con botas de caucho y cruzaba los bosques descubriendo caminos. La selva era ese tesoro donde Gabriel y sus hermanos se refugiaban. Era ese escondite donde se hacía realidad cualquier invento. El capitán de la hacienda, por nombre Mesías Carlosama, que vio crecer a tantos niños, que los llevó a dar una vuelta en el tractor, recordaba ver a Gabriel transformarse en el tiempo. Entre memorias describía «el muchacho era bien aficionado en todo, para todo... bien astuto, buen amigo, buen chico». Verlo correr con tantos sueños era saber que iba a volar. Entre otras palabras hablaba de cómo su trabajo transformaba porque «el joven Gabriel sí lo hace y lo compone». Mesías sonreía con orgullo al ver a su joven amigo hacerse grande.

Una noche, cuando la tubería de la casa de la hacienda se rompió, Gabriel acudió con sus herramientas para arreglarlo. Llamando a su amigo Mesías preguntó:

—¿Cómo se arreglan las tuberías?

—Son tubos con conexiones que se deben atornillar. Los codos y las cruces en forma de ‘T’ deben coincidir.

—Enséñame a arreglar la tubería de la casa.

Mesías con paciencia dirigía a Gabriel porque quería compartir su experiencia. La infancia era ese sendero de colores donde se aprendía a pintar la vida y era en la juventud donde se empezaba a colorear. Gabriel nunca perdió tiempo y a sus 11 años puso sus pies en una tabla de surf para que las olas lo levanten. Con los ojos en el viento pisaba sembrando una raíz en las aguas como alineándose con el guerrero. Iba amarrando pensamientos, levantando al gigante dormido.

7. El fuego de la esperanza

El ser humano fue creado para compartir con su equipo. Siempre habitó la tierra gente líder y gente del montón. Gabriel siempre dio una mano para sonreír y así armó un ejército. Cuando veía gente sin rumbo los devolvía al camino del viento, porque si encontraba una cometa caída tenía que hacerla volar.

Foto 26: Lanzando una cometa al viento



Autor: Leonardo de Luca

El héroe recogió héroes que escapaban de su mundo porque en esos mundos nadie los quería escuchar. Llegaban por mar y por tierra deseando volver a empezar. En las noches bebían tapando heridas que el mundo atravesó para generar utilidad y dinero, llenándolos de un vacío de infierno. Eran seres humanos de 25, de 27, de 30 años y de muchos más. Caminantes a medio vivir, a medio soñar, queriendo dormir para siempre, queriendo nunca más despertar. Como *Alicia en sus Maravillas*, parecían personajes del cuento, que buscaban dormir bajo flores que les arrulle un momento. Lloraban porque la

vida les había hecho un mal que ellos mismo habían escogido y cuando pedían perdón les cerraba la puerta.

Foto 27: Lágrimas derramadas en un mural



Autor: Cristina Correa Rosales

Eran seres humanos de carne y hueso, hombres y mujeres hermosos y perfectos que lloraban entre las olas suplicando volver. Bajo las estrellas pintaban recuerdos de algo que no sabían cómo sucedió, cuentos que el poeta de 1838 en México, José Rosas Moreno, un día recitó:

“Despierta, soy yo: despierta,

yo te traigo la alegría.’

Más la flor no respondía:

La infeliz estaba muerta.”

Gabriel por dentro se preguntaba de qué servía ayudar cuando las personas ya habían partido. El auxilio debía socorrerse en el mismo instante que gritaba el grito.

Cuando el cambio era urgente las manos debían actuar y para saltar el límite había que trabajar en equipo.

8. Dragones de la isla

Gabriel y su tío Pablo formaron un ejército para las 4 de la tarde y los guerreros se enlistaron para ganar la guerra. Cruzaron puentes y marcaron ríos para que con su ejemplo los que llegan no se vuelvan a tropezar. Ese 8 de noviembre, de ese año, el 2014, los habitantes de Mompiche se prepararon para ver su sueño hecho realidad. Gabriel golpeaba las puertas de los nativos de Mompiche y les decía:

—Nos vemos a las 4 de la tarde.

—Ahí estaremos con todo el pueblo.

Desde el brazo del río, desde al frente hacia el mar ataron tres dragones a la isla, para que ella aprenda a volar. Gabriel, en el dragón primero, dirigiendo su isla como capitán, rogando que ella se atreva que no se le ocurra dudar, partió con su mano esa ola y Dios le dejó pasar.

Eran tres lanchas abriendo las alas de la diosa obligando a la isla a volar como mariposa. En el centro de una de ellas viajaba Arnold Quiñónez mientras su hermano Jonathan maniobraba aquel motor. Con todas las fuerzas del aire jalaban, rogaban para despegar. Arnold recordaba la fuerza de aquella aventura cuando Gabriel le contó:

—Voy a sacar la isla y necesito contratar tres lanchas para jalarla. ¿Quieres trabajar con tu hermano y su lancha?

—Sí. ¿Para qué día necesitas?

—Para el 8 de noviembre.

Arnold hablaba de aquel día donde Mompiche se enlistó para cruzar el río: “Consiguieron unos remos para empujarla y jalarla con la lancha. Yo estuve empujando y dando indicaciones.” Lucharon contra el viento en un aguaje donde el tiempo quiso detenerse. Despacito apagó las olas y cerrando los ojos empezó a creer.

Por los otros lados jalaban las dos lanchas armando el triángulo del sol. Christian García, el surfista nativo de la playa, manejaba una de ellas alineando el motor con un león. El mar en silencio rugía y apagaba su furia. No quería desarmar un cuento que llevaba en su mano a cincuenta guerreros de sal. Eran surfistas remando sueños despertando a la Isla Gurukan. Christian recordaba esos momentos con una fuerza orgullosa: «esperamos un aguaje grande, buscamos cañas gigantes para que la isla no se pegue con la pared del otro lado... éramos tres botes». La plataforma de botellas había sido construida en un brazo del río, río convertido en camino para dejarla llegar a la marea de sal.

Foto 28: El ejército preparado para la guerra



Autor: Leonardo de Luca

Gabriel había estudiado el camino para llevarla al horizonte. Lo que sucedía era que en Mompiche la marea era alta y furiosa. Las olas de surf como paredes inmensas caían despacito y destrozaban lo que tocaban. Para cruzar su línea había que pedir permiso, no se las podía obligar. La marea debía estar alta, debía abrir sus brazos para alcanzarla.

Además, el río tenía que abrir su boca, tenía que dejarla escapar. Gabriel hablaba de aquel día como si un milagro hubiese atravesado su corazón: “como era un proyecto nuevo no podíamos lanzarle contra unas olas inmensas. Tenía que estar la boca abierta, la boca del río, el mar calmado y la marea alta”. El sendero consistía en tres factores imposibles de alinearse. La valentía era lanzarse a una fecha y rogarle al cielo que le deje pasar.

Llegó ese día de noviembre y la boca del río no estaba abierta. Sin embargo, la marea tranquila parecía que arrullaba, como si una voz llamara a la diosa Gurukan. Gabriel supo que había llegado la hora y desde el pueblo se enlistó la gente.

Desde arriba y desde abajo, desde el centro y más allá todos empujaban a la isla, todos le enseñaban a nadar. El planeta Tierra sonreía admirando un sueño para aprender a jugar. Cinco Hércules jalaban una soga petrolera que, atada al mástil de la nave, marcaba el palpitar del corazón. Judas Ben Hur, sentenciado injustamente a las galeras romanas en los tiempos de Cristo, veía desde el cielo como su ejemplo era seguido por hombres que no cesaban de remar y que rompiendo el tiempo se unían a su grito que un día dijo:

—¡Yo sí puedo, yo sí te quiero salvar!

Era Mompiche, esa familia del paraíso terrenal, jalando un sueño para amarle a su tierra, para que al fin deje de llorar. Era el planeta que habría su sonrisa y lanzaba un beso a su hogar, y lo colocaba en el centro, en la isla, ese sueño a la orilla del mar.

La isla cruzó las olas, viajó en el tiempo, sonrió a todos sin mirar atrás. Los galeros subieron a la nave y los dragones empezaron a volar. La isla surfeaba entre las aguas, cruzaba las nubes y partía al sol. Su misión era llegar a la punta de la playa, a la punta del surfista porque quería darle agua. Entre sueños gritaba:

—Judas Ben Hur ¡Yo te di de beber! Era yo quien te quiso recoger. Fui yo la eternidad que te sostuvo cuando tú sólo querías caer.

Desde la torre se veían hombres y mujeres, y perros y dragones, se veía la naturaleza montada en un sueño que llegaba al sol. Eran las cinco de la tarde del 8 de noviembre, de ese año, el 2014, cuando la isla llegaba a sus ojos de girasol.

Gabriel alzó la voz y lanzó un grito al cielo:

—¡Bajar las anclas!

Todos bajaron las anclas con él. Se había fundado la isla de botellas, se había llegado a esa tierra que Dios prometió. Todos bailaban y cantaban y encendían ese fuego del amor. Las nubes sollozaban el canto del atardecer, cobijando a los jinetes del tiempo de los rayos del sol.

Foto 29: Fuego entre las aguas



Autor: Cristina Correa Rosales

Desde lejos se veía el fuego de esperanza encenderse otra vez, en esa isla de botellas, la Isla Gurukan. El sol se despedía otro día sin querer, sin ganas de cerrar los ojos, porque quería verlo todo otra vez. La noche nacía para acurrucar a sus guerreros que dormían en la nave, meciéndose entre sueños.

Muy de cerca aparecía una estrella, una estrella chiquitita, tan chiquita que parecía diminuta y mientras dormía repetía:

—Mi Gabriel quisiera volver a nacer para verte crecer otra vez.

Era mi voz que desde lo alto de una torre miraba a Gabriel, mi hermano menor. Con mis ojos vi sus alas abrirse desde lejos y con el cielo felicité a su corazón. Gabriel marcó el sendero de unas aguas con el final de su canción.

9. Colores del horizonte

Hoy camino entre las hojas de un Santo Domingo, el Santo Domingo de los Colorados. Gabriel va adelante, con su machete, con los brazos volando el viento, derribando cualquier tormenta que se cruce. Recuerdo cuando en el 2012 lo encontré en la orilla del río dividiendo el mundo en dos. Con sus dedos separaba botellas y a cada una le ordenaba que lugar ocupar. Porque Gabriel sabía que construía un sueño y que el orden era esa llave para alcanzarlo.

El río, como caimán dormido en ese año, sólo acariciaba la marea. Sabía que Gabriel construía un barco, que no era cualquier cosa, era una nave de botellas. De vez en cuando aparecía el sol y entre las nubes desaparecía. Quería ver de reojo la marea calmada, dormida, porque no quería despertar a Gabriel de su sueño.

Por esas orillas habían cruzados viajeros con mochila y bicicleta. Países enteros caminaban por Mompiche para pintar el cielo. Entre saltos habían cruzado el río de piedra en piedra y habían puesto su huella en la plataforma de botellas.

La isla estaba compuesta por canastos cuadrados llenos de botellas de plástico que, al tejerlos con las manos, formaban un solo cuerpo. Los canastos como hermanos que no se soltaban, subían y bajaban a través de la marea. Llevaban lazos de cinta azul enrollada en cada cesto que se estiraba y se torcía pero que nunca se iba a soltar. Prometían que nunca se separarían, porque eso era lo que Gabriel repetía en su mensaje de botella.

La recolección de plásticos había caminado por Mompiche. Gabriel entregó cestos en los hoteles y locales del pueblo para dar a las botellas un nuevo comienzo. Christian rescataba en su memoria esos pasos de su amigo: “recuerdo que Gabriel empezó recogiendo botellas de plástico en todos los hoteles. Les regaló unos cajones de nylon para que le entreguen todos los envases de plástico y vayan reciclando”. Gabriel con su obra educaba, enseñaba a la gente el sentido de servir. Pasaba los sábados y domingos escogiendo materiales sin adiós que la gente había olvidado. Por las mañanas tocaba la puerta:

—Buenos días vengo a recoger las botellas.

—Están en los cestos, en la esquina del comedor. El feriado estuvo bueno y los turistas dejaron bastantes botellas de plástico.

Con sus brazos levantaba los cestos y los llevaba a la orilla del río donde estaba la isla.

Foto 30: Una plataforma de botellas al fondo de la boca del río



Autor: Cristina Correa Rosales

Christian recuerda haber visto el almacén: «con unas mallas de plástico empezó a armar cuadrados de 1.5x1.5 metros y después llenó los cajones hasta armar una cosa de 15 o 20 metros». La plataforma llevaba huellas en cada espacio, en cada rincón. Cada botella seguía un orden y llenaba un vacío en el espacio.

Sobre la plataforma un día subió el bambú y decidió convertirse en hogar. Fue el maestro Miguel quien lo moldeó para convertir la casa del mar. Gabriel le explicó:

—Tiene que ser de bambú la casa y la torre porque el material tiene flexibilidad. El diseño está hecho para aprovechar el espacio.

Con martillos en la madera se construyó la cabaña del sol. Un piso con un altillo de rincones fue el techo para el lugar.

Gabriel amarraba esperanzas mientras los mochileros amarraban botellas con él. Entre palabras recordaba que: “primero hubo un colchón que estuvo flotando un año.” Recuerda que ese armazón regresó del agua para ser un nuevo corazón.

Sobre ese inicio de la plataforma se alojó en carpa un caballero. Era Johnny Carrión, nacido en la ciudad de Cuenca, que un día partió hacia los mares y nunca más volvió. Llevaba viviendo en Mompiche alrededor de ocho años cuando se encontró con Gabriel y la idea de cambiar el mundo. Mirando su pasado Johnny recordaba como armaron el corazón del proyecto: «hicimos el tejido, el amarrado... coleccionamos las botellas». Sobre la arena cruzaban cintas para juntar los plásticos y unirlos como hermanos del tiempo. En cada punto ponían una semilla para volver a empezar.

Foto 31: Johnny Carrión imaginando la isla



Autor: Cristina Correa Rosales

Estaban construyendo un mundo inventado y era por eso que los materiales debían atravesar ciertas pruebas. Aquella primera plataforma, de aproximadamente 10x10 metros

parecía redonda porque sus puntas desaparecían y lo que ella no sabía era que sus artistas todavía la estaban moldeando. Mientras trabajaban Johnny comentaba a Gabriel:

—El tejido debe ser fuerte.

—Sí, para aguantar el movimiento

Un febrero lanzaron la plataforma al mar y la anclaron en él. Aquel invento estaba compuesto por plásticos cubiertos con madera, la cual estaba cobijada con una lona. No había nada, ni casa ni torre. Gabriel instaló una carpa donde durmió varias noches bajo la luna y Johnny otras más: “estuve algunas noches con mi perro en una carpa. Con la tabla de surf salía hacia la isla”. Johnny dormía en medio de un mar de silencio, aislado de todo hasta del firmamento. Por las mañanas el sol hervía el pedazo de tierra plástica para despertarlo, para obligarlo a escapar de ahí.

Foto 32: Huellas entre las botellas



Pablo Rosales (izquierda) y Johnny Carrión (derecha).

Autor: Cristina Correa Rosales

Cuando pasó el tiempo de prueba Gabriel la llevó de regreso al río para su innovación.

—Johnny vamos a cambiar la figura de la plataforma, va a formar parte de una isla más grande que lleva una casa con una torre.

Fue así como armó su esqueleto y lo conectó con el corazón. La diosa Gurukan nació en una concha que creció en el mar y que luego volvió al río a florecer.

Entre las olas corría la leyenda de aquella mujer que no pudieron ahogar. Era una diosa que había crecido en el cielo y que tenía angustias por conocer este suelo. Estaba prohibido por ley divina cruzar aquellos límites; sin embargo, la diosa desobedeció y decidió escapar.

Foto 33: La diosa escapando del cielo y su soledad



Autor: Cristina Correa Rosales

Cuando una tarde caminaba por la playa le sorprendieron los cielos y le reclamaron por tocar el más allá. Bajaron soldados e intentaron hundirla por haberse marchado con el mar. El océano se había enamorado de la diosa y con sus ojos turquesas la había conquistado. Mientras los soldados hundían su rostro en el agua, el mar entregaba oxígeno entre sus dedos para ayudarle a respirar. No quería llevarse su vida, no podía verla partir. La diosa fingió morir y el océano la ayudó a escapar. En sus profundidades la escondió en una concha prometiéndole ver las olas otra vez.

Al llegar Gabriel al río el mar entregó a su diosa para que vuelva a volar. El océano abrió aquel cofre y encontró ese amor que no pudo ser. Con los días y sus noches, nació una flor. Entre el viento se movía mientras transformaba su cuerpo en bambú.

Foto 34: La diosa bañándose en el río, tocando la libertad



Autor: Gabriel Correa Rosales

Las manos de los artistas transformaron a la flor que se convirtió en una cabaña hermosa. La diosa había transformado su forma para esconderse de los cielos, quienes nunca descubrieron el secreto de ese amor.

Así fue como la plataforma fue creciendo, recogiendo lágrimas de plástico. Esas huellas de un adiós alguien las recogió y las enseñó a crear. Gabriel llamaba a los desesperanzados a caminar hacia una solución. Los mochileros tenían un motivo para trabajar por el reciclaje. Se acercaban a la isla y seguían las órdenes de esta idea con formación. Así el sueño se combinaba con otras esperanzas y el pulso marcaba el ritmo de un nuevo comienzo.

10. Estrellas de agua

Cuando el viajero cruzaba las olas y subía a la Isla Gurukan su sangre empezaba a correr, como si se atrasase a algo. Finalmente el cuerpo comprendía que alguien ya había alcanzado la meta de vencer la contaminación de plásticos.

Foto 35: Con los pies en un sueño



Autor: Anónimo (fuente: Facebook)

Los turistas llegaban a la isla y se preguntaban cómo se construyó el proyecto. Gabriel explicaba que el fin de la isla era: “crear un hábito de reciclar en la gente mediante un resultado tangible y funcional”. Además se convertía en estación acuática para conectarse con los mares a través del deporte.

Las personas que la visitaban entregaban su día a la actividad. Entre aquellas llegó José Luis Intriago, nacido en Santo Domingo de los Colorados, quien había vivido 14 años en Quito y seis en Mompiche. Una tarde compartió su opinión con Gabriel:

—El proyecto es súper bueno porque la gente llega a Mompiche y encuentra nuevas cosas que hacer. En la isla se puede rentar una tabla remo y hacer otra cosa diferente, se puede hacer deporte.

Gabriel agradecido le ofreció su hospitalidad:

—Puedes venir cuando quieras. Ya sabes que la isla fue hecha por Mompiche.

La Isla Gurukan era ese suelo sobre el mar diseñado por algunos dedos. Después de haber conquistado las olas se enamoró del horizonte y se instaló en él. Pasó noviembre con los turistas cantando en su arena y atravesó el siguiente mes.

Foto 36: Camino de estrellas



Autor: Cristina Correa Rosales

La isla sopló fuego en el mar de diciembre del 2014. Las estrellas bajaron del cielo para enseñarle a dar una vuelta al sol. Compraron piruetas y silbatos, y todo fuego artificial, para hacerla sonreír, para que aprenda a bailar. En enero se escuchó acerca de la fiesta de luz. Desde el centro de la playa, desde el agua hacia allá, la isla dio su primer baile de fuego. Ella solita cantaba:

—Te quiero Mompiche, no me vayas a olvidar.

La gente le regalaba sonrisas y las estrellas la enseñaron a girar.

Cuentan que una vez en el cielo alguien gritó llorando que no se podía ver la gente y fue en Mompiche donde un hombre disparó un cohete al cielo para que por ese agujero alguien se vuelva a enamorar. Eran hombres y mujeres, eran los jóvenes que salvaban al planeta para llevarle a la eternidad. Las estrellas mirando a la gente subieron y bajaron en la Isla Gurukan. Escondidas iluminaban las olas mientras las olas les jalaban del más allá.

Así empezó enero y febrero de la isla con su casa en medio de las aguas. Durante el día se practicaba el deporte de tabla de remo para hacer equilibrio, donde Gabriel caminaba sobre el mar. Con dos remos como alas la tabla se movía desde el centro donde el piloto dirigía. Pues la esencia de la isla era jugar con actividades de agua. La vida era un ejercicio para ir caminando y el ejemplo era el guía para seguir aquel sendero. Sobre la plataforma se preparaba el equipo para saltar a la aventura. Gabriel recordaba enseñar las actividades de agua: “promocionábamos las tablas de remo, nadar por ahí, bucear, hacer snorkel”. La meta consistía en despertar las almas para amar al océano, para transformarlo con el viento.

Las tablas de remo eran un puente donde el ser humano subía y reía. Era el reflejo de ver la vida y los pasos que la habían llevado hasta allí. Ese pedazo de suelo sobre el agua era creado por las manos de Gabriel. La gente venía a la isla a escoger en cual navegar porque quería conectarse con ese mundo que abría su corazón.

Las personas en la playa observaban la nueva casa del horizonte y dejaban todo lo que tenían, y se ponían a nadar. Así llegaron muchos remando a toda, nadando a todo pulmón. Asombrados por la plataforma subían por la escalera y abrían su boca con el primer vaso de agua. Felipe Erazo de Colombia, dedicado a su restaurante en Casablanca, una urbanización a 40 minutos de Mompiche, fue uno de los navegantes que nadó hacia la creación. Llegó al país hace cuatro años y se enamoró de la Costa pacífica del Ecuador.

Recuerda la sensación de estar parado en el proyecto de botellas aquel día que lo descubrió: «fue un proyecto bien bonito, como una mirada hacia la manera de reciclar, de poder hacer proyecciones alternativas con todo ese producto que se está desperdiciando». Pisar ese suelo era creer que todo se podía inventar. Utilizar residuos para formar un nuevo comienzo daba esperanza a los que vivían de la innovación.

Cuando llegó Felipe a la isla preguntó a Gabriel:

—¿Cómo lograste construir esto?

— Con la ayuda de mucha gente que recolectó botellas y ordenó los plásticos para armarla.

La Isla Gurukan, con su casa y su torre, invitaba a los guerreros. Desde la punta en sus olas atraía a los surfistas que cogían sus tablas y empezaban a remar. La playa de Mompiche era una media luna y en el centro de esa luna, a 1kilómetro de la orilla, se encontraba la Isla Gurukan. Todas las direcciones guiaban al centro de las aguas y el ojo no podía dejar de verla.

Foto 37: El horizonte enamorado



Autor: Cristina Correa Rosales

Los surfistas, después de haber bailado con las olas, iniciaban la travesía a la cabaña del sol. Cruzaban la corriente para pisar ese suelo anclado. Entre aquellos deportistas llegó Daniel Hartley. Dedicado a la agricultura, con su hacienda de palma africana en Santo Domingo de los Colorados, venía a descansar en Mompiche. A dos horas de la playa, tomaba su auto y viajaba en busca de las olas. El día que conoció la isla describió su experiencia: «una vez fui nadando en la tabla de surf... me pareció una muy buena idea para hacer construcciones». Los rostros admiraban el proyecto porque veían el sendero hacia un nuevo rumbo.

La plataforma estaba construida con 70.133 botellas de plástico. Tenía la extensión de 160 metros cuadrados que incluían fogata y piscina. Tres anclas la sostenían desde lo profundo, anclas que un día también fueron recicladas. En el pasado sirvieron como ruedas de hierro para carretas de la hacienda Atenea de Pablo Rosales. La piscina era un hoyo en la superficie para ingresar al más allá. Tenía un diámetro de 2 metros por donde se ingresaba al arrecife de flores.

Foto 38: Inmortalizando un recuerdo



Emilia Lloret (derecha)

Autor: Gabriel Correa Rosales

Alrededor de la piscina, bordeando la casa y formando la circunferencia de la torre, corrían dos perras Gran Danesas. Eran las mascotas de Gabriel que como pumas grises cuidaban la isla. Con tan solo diez meses de nacidas subían y bajaban de la lancha que las llevaba a la plataforma. En la noche dormían en la casa del mar como mejores amigas del capitán. La isla se encendía hasta la caída del sol y la gente volvía a la playa. Gabriel también partía a tierra para compartir en la vida nocturna del pueblo. Sus Gran Danesas, que tenían por nombre “Santa” y “Virtud”, aguardaban a su dueño resguardando la plataforma. Más allá de las nueve de la noche, Gabriel tomaba su tabla de remo y salía a través de la marea oscura. El mar era su casa y las olas le transportaban con el viento.

Foto 39: Guardianes de la isla



Gabriel Correa (izquierda) y Rodrigo Ferreira (derecha).

Autor: Cristina Correa Rosales

Gabriel dormía en la isla cuidando su corazón. La plataforma estaba enganchada al fondo de la arena. Gabriel recordaba aquella profundidad: «el fondo estaba a 6 u 8 metros», pues había medido el lugar exacto donde posicionarla. Por eso cuando atravesaba las aguas por la noche conocía el sendero con exactitud y desafiaba la marea negra.

Foto 40: Amistad entre las olas



Gabriel con su mascota Gran Danesa

Autor: Cristina Correa Rosales

Por la mañana los ojos de Gabriel se despertaban con el sonido de las lanchas del pescador. Abría sus alas alrededor de las 4 o 5 de la madrugada cuando la pesca encendía todo el motor. Gabriel iniciaba sus días desde muy temprano con ideas para llenar el tiempo. Christian llegaba después a recoger las perras Gran Danesas. Las llevaba a correr en la playa, a estirar sus piernas salvajes. Al amarrar su bote a la plataforma decía:

—¡Qué fue Gabriel! Vengo por las perras.

—Santa y Virtud salten al bote.

Christian miraba al cielo riendo de aquellos momentos cuando transportaba a las criaturas: “las bajaba en la mañana y las subía en la tarde, porque en la tarde se quedaban con Gabriel en la isla”. La plataforma estaba resguardada por un equipo que trabajaba como reloj. Así la organización se iba armando, iba creciendo.

11. De pie en el paraíso

En la isla Gabriel trabajaba con Carmen Tuárez de Mompiche y Rodrigo Ferreira de Uruguay. Los tres explicaban a los turistas acerca de los cielos y los suelos impulsando que se enamoren del mar. Un equipo era todo cuando se trabajaba con el agua. Las fuerzas naturales eran indomables en solitario, pero se volvían amigas cuando se presentaba amistad.

Foto 41: Rodrigo Ferreira, el Caballero de mar



Autor: Cristina Correa Rosales

Por las mañanas y las tardes llegaban lanchas llenas de gente. Unos subían y otros bajaban, y la mayoría se quería quedar. Al llegar a la orilla de botellas Gabriel o Rodrigo estiraban su brazo. La lancha arrimada daba paso al salto del bote hacia el destino final. Al

subir a la isla se aterrizaba en un sueño. Carmen explicaba a los recién llegados acerca del proyecto:

—El tiempo de construcción fue alrededor de dos años. Está compuesta por botellas dentro de las mallas. Si desean pueden comer ensalada de frutas o tomarse un jugo. Les invitamos a nadar, a hacer tabla de remo y a disfrutar del día.

Desde lejos en la lancha se observaba ese mundo pequeñito que un genio había construido con sus dedos. El viaje duraba un minuto con el motor que soplaba toda su agua. Los turistas, sentados en tablones alineados en el bote, sostenían a sus hijos, parientes y familiares. En el fondo del horizonte estaba anclado el sueño que al llegar era real, la plataforma de botellas existía.

Por encima los turistas abrían sus brazos. Entre jugos y cervezas gozaban de la pequeña playa sobre botellas de plástico. La plataforma estaba cubierta de arena negra formando un puente con el ambiente. En la superficie no se sentía que aquella playa era artificial. El entorno tenía plantas y un árbol de plátano. Por un lado, acompañaba una palmera con sus raíces creciendo hacia las botellas.

Foto 42: Carmen Tuárez, Madre de la isla



Autor: Cristina Correa Rosales

La gente atravesaba la extensión para aprender del invento. Todos estaban juntos en ese parque con su dueño. José Luis Intriago, quien había vivido seis años en Mompiche, fue muchas veces a la isla. Con algunas palabras contó acerca del proyecto: “fuimos muchas veces nadando, en tablas de surf y en bote... veíamos el atardecer y nadábamos en la piscina”. Las personas descubrían el parque acuático y se desconectaban del viento y de la vida. Observaban los pájaros que se acercaban atraídos por los peces. Muchos hombres y mujeres al ver la orilla empezaban a pescar. Esos peces morían felices porque no se daban cuenta que su respiración llegaba a su fin.

Foto 43: Un piquero sube a la isla



Autor: Cristina Correa Rosales

En una esquina Gabriel había colocado una parrilla para la cocción del alimento. El sabor de aquellos peces transmitía libertad. Carmen era aquella experta con su caña en la pesca. Había enrollado hilo nylon en una botella y con paciencia esperaba al pez en una esquina de la plataforma. Uno por uno los iba pescando mientras enseñaba a los turistas como practicar aquel deporte:

—Es la práctica de la paciencia. El pez no debe darse cuenta de que la carnada tiene anzuelo.

El pez dando el último suspiro no necesitaba condimento al haber viajado por esa muerte dulce, natural. Los turistas intercambiaban en la isla y probaban distintas actividades porque en ese espacio de cielo se atrevían a crear.

Foto 44: Dejando de respirar



Autor: Gabriel Correa Rosales

12. Sueños bajo el agua

Cuando el sol abría la mañana como abanico iniciaba la llegada de los turistas. Como niños buscaban ese tesoro de botellas en medio de las aguas. Al estar rodeado de miel turquesa, la marea atraía como invitando a saltar. El sol empujaba al viajero calentando con su calor para que se lance al agua y observe otro amanecer. El turista sin poder controlar aquellas fuerzas saltaba de la isla y se sumergía en el mar.

La vida en el centro del agua pintaba colores sobrenaturales. Por debajo de la isla nacían flores entre jardines de riscos y corales. Mientras tanto los peces nadaban de cabeza hacia abajo. Se acercaron en noviembre y nunca volvieron a partir. Al ver un regalo de vida los peces se quedaron y las algas se multiplicaron, sabiendo que jamás dejarían el alimento.

Foto 45: Perlas entre las flores



Autor: Gabriel Correa Rosales

Juliana Rosales, experta en Hotelería y Turismo, llegada desde la capital, al salir de bucear contaba:

—Hay moluscos entre la malla y como existen tantas algas los peces se quedan nadando alrededor de la plataforma. Los peces son grandes y en los bordes están los peces pequeños.

Creció un arrecife al otro lado de la isla: un arrecife al revés. Por instantes se acercaban sueños a las flores y los peces parecían mariposas de colores. Un día Gabriel buceando encontró una tortuga que, mientras nadaba, parecía que respiraba. De aquí para allá los peces abrían el paso para no caer en la boca del pequeño dragón. La tortuga partió mientras Gabriel reía por el nuevo momento.

Bucear era como cortar el tiempo. Con el último suspiro, las gafas en los ojos y los pies en el aire se atravesaba el límite de un *Nunca Jamás*. El nadador entraba en una atmósfera sin explorar, donde se dudaba si aquello era un ángel o un pez con alas. La mirada veía lo que los ojos no podían creer y bajo el agua se transformaba el tiempo.

Foto 46: El dragón del arrecife



Autor: Gabriel Correa Rosales

Bajo la isla de botellas se atravesaba el firmamento. Los peces huían del visitante mientras volvían hacia él. La marea circular bordeaba la isla como abeja en su panal. El agua sonreía porque quería jugar con el nadador, el cual salía a respirar una vez y volvía a hundir la cabeza donde van los pies, como si estuviese volando.

Saltar de esa plataforma era volverlo a desear. Levantarse sobre el cielo y caer a través del suelo era una satisfacción que solo Dios podía regalar. El ser humano quería verlo todo y saber que era imposible lo movía más. Por eso el mar tentaba como caramelo porque al no conocer que había del otro lado la intriga se volvía infinita.

Daniel Hartley, el surfista dueño de palma africana, amó ese paisaje. El día que llegó a la isla no dudo en atravesar sus aguas. Con sus recuerdos rescataba esa memoria de ver el otro lado: «Pasé por debajo y vi los peces». La isla era ese arrecife creado para el turista. No había necesidad de perseguir animales acuáticos porque ellos permanecían junto al viajero.

Marco Ruiz, dueño del Hotel Bambú, fue nadando muchas veces y cruzó las aguas llenas de peces. Al vivir en Mompiche se tenía que palpar aquella experiencia. Con sus

palabras narraba acerca de bucear bajo la plataforma: “hicimos snorkel y vimos los pescaditos. Fuimos cuando había cardúmenes de sardinas”. Al salir de ese mundo se creía haber visto sirenas, porque era incontable la cantidad de criaturas moviéndose con la corriente. Los peces iban y regresaban alrededor de la isla sin alejarse del perímetro que los alimentaba.

Foto 47: Sirenas entre la miel turquesa



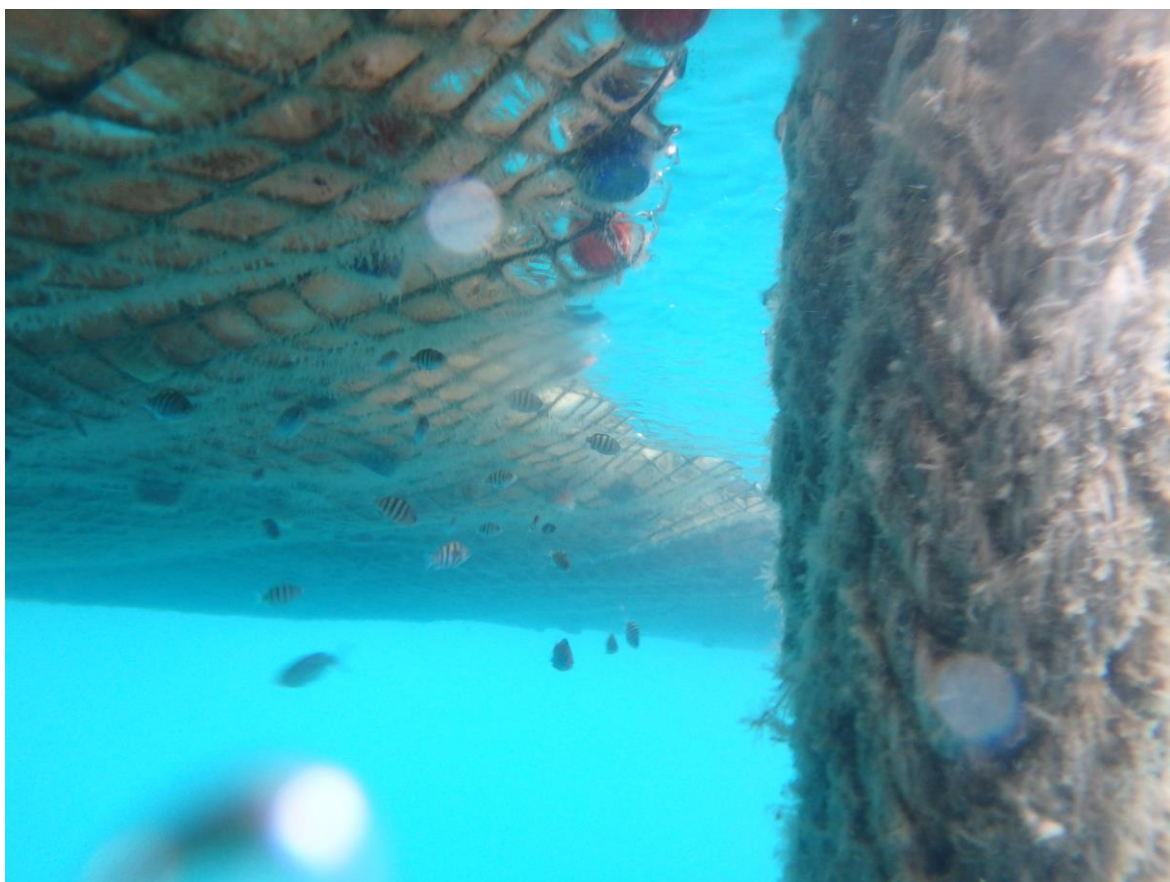
Autor: Gabriel Correa Rosales

Entre las botellas se tejían redes de corales y algas que sin la mano humana se enrollaban. Al ver tal conexión se sentía el abrazo de una naturaleza que agradecía. Los corales parecían paredes hexagonales que atravesaban el tiempo. Recorrían extensiones interminables de malla negra convirtiéndola en una perla. Dentro de ella nacían sueños de algas verdes para alimentar a los peces.

Las anclas estaban atadas al mástil con sogas petroleras. Aquellas anacondas eran pedazos que quedaron de grandes barcos que se fueron. Gabriel fue un día a la ciudad de Esmeraldas a rescatar esos trozos que iban a morir. Le contaron que, al romperse las sogas de las naves de petróleo, los pedazos se volvían basura, desechos que porque nadie quería

se tornaban inservibles. Gabriel encontró el problema y le puso una solución, pensó en sus adentros sobre aquellos tentáculos para sostener su isla. Así conectó la vida de un objeto con un nuevo existir porque al crear empezaba otra vez.

Foto 48: Anaconda marina



Autor: Gabriel Correa Rosales

Cerca de las sogas nadaban peces de color azul. Comían sueños en el aire de agua mientras bordeaban la amplitud del mar. Gabriel buceaba con su cámara para mirar sus recuerdos y compartirlos en la superficie. Seguía el camino de la anaconda para subir y volver al sol. Algunos turistas le pedían prestadas sus gafas para admirar las mariposas de mar.

Así fue como el cielo construyó un jardín de agua para Gabriel. Las botellas se habían adaptado para dar a los animales del mar. Tenían una nueva función que las hacía

vivir, que devolvía la vida que no tuvieron. Eran la base para alojar comida, para fundar el mundo del arrecife mágico. Gabriel había regalado un cielo en ese suelo que todos se detenían a admirar.

Foto 49: El jardín es un secreto



Autor: Gabriel Correa Rosales

Carmen y Rodrigo eran aquella tripulación que guiaba a la gente por el cuento. Carmen solía explicar las raíces y ramas del proyecto mientras enseñaba a los turistas a creer. Rodrigo recibía a los turistas ofreciendo esperanzas para saciar su sed:

—Les ofrecemos cervezas y jugos. Si desean les puedo preparar una Caipiriña o algún batido.

—¿Qué tienes para comer?

—Patacones o ensaladas de frutas y si hay pesca la podemos cocinar.

Mientras conversaba con los clientes Rodrigo explicaba el fin de la isla y como ella crecía bajo sus pies. Carmen observaba a los de la superficie mientras Rodrigo los hacía conocer el jardín del revés.

Foto 50: El guía de un cuento



Rodrigo Ferreira

Autor: Gabriel Correa Rosales

La isla tenía hoyos de respiración bajo el agua en donde el que buceaba tomaba aire. Rodrigo entregaba guantes para moverse por la malla mientras indicaba cada estación. Había puntos que el guía enseñaba para que los aproveche el nadador. El agua por debajo mantenía su corriente mientras el ritmo tocaba una canción. Descubrir los peces alrededor de la plataforma era ver estrellas. Al final del tour el nadador subía a esa playa amiga, mosaico de fauna y botellas, y tomaba asiento para admirar al sol.

Foto 51: Algodón de azúcar en las olas



Autor: Gabriel Correa Rosales

13. Isla de tambores

Las tardes en la playa de Mompiche consistían en buscar ese punto del planeta donde contar los segundos del atardecer. Mompiche estaba bordeado por un hombre que un día se acostó a ver el sol. Ese hombre era aquel monte que bordeaba la playa formando la media luna de la orilla. Se olvidó que detrás suyo las personas dejaron de ver el astro de luz. Arrimándose al horizonte cerró sus ojos y se quedó dormido. Pasaron meses, pasaron años y el hombre jamás se levantó. Las estrellas decían que se había enamorado del llanto de las sirenas. Arrullado se volvía a dormir el mismo segundo que iba a despertar.

La isla al escuchar la historia navegaba despacito. Sólo ella era ese pedazo que se escapaba al cielo para ver un poco del sol. Alejándose del hombre dormido llevaba a sus habitantes a ver el atardecer, a admirar ese horizonte pintado con fuego de luz.

Foto 52: El hombre entre lágrimas de sirenas



Autor: Gabriel Correa Rosales

La gente subida en la diosa empezaba a cantar, se ponía a bailar. Cada tarde perseguía un tema para adornar el tiempo. Una de ellas fue decorada con tambores mientras el cielo pintaba colores de fuego. Era un concierto de bongos que traía baile al ritmo del atardecer. Aquellos instrumentos decorados estaban tallados a mano y venían bailando de tierra firme. Con cantantes del corazón Gabriel puso sus manos y la gente empezó a bailar:

—La isla de tambores les invita a una actividad diferente. Va a haber música, baile y vida. ¡Vengan todos a cantar!

Llegaba el tiempo de mirar al sol, llegaba esa hora del día que parecía eterno y que entre sueños repetía que no quería verlos llorar. El sol bajaba tan despacio que parecía que subía, porque envidiaba la fiesta. En la isla la gente gritaba y bailaba, y se lanzaba entre las olas, porque lo que el sol no sabía era cuanto le querían y que imploraban que no se vaya.

El sol era ese hombre que un día se enamoró de la Tierra. Desde este planeta un héroe construyó un mirador para que los novios vuelvan a empezar. La gente llegaba a ver la isla y bailaba al iniciar un sueño otra vez. Era un grito desde lo alto y era sentir con las manos que la basura podía cambiar.

El sol se despedía, despacito se marchaba. En el agua quedaba el rastro de un llanto dorado, reflejo plasmado de no querer decir adiós. Porque ese astro gigante que adoraba la Tierra de reojo veía a sus hijos bailar por él. Despacito pintaba con pinceladas de oro para que la gente no se de cuenta que despacito lloraba. El sol se tapaba con un manto morado, susurrando entre cortado, anhelando volver.

Foto 53: El sol y sus lágrimas doradas



Autor: Cristina Correa Rosales

En la isla dolía el llanto y el tambor seguía contando el tiempo. Se acercaban barcos y una tabla vela para llevar a los hombres a tierra. Christian manejando la nave se acercaba:

—Vamos a la playa, yo les llevo. Aquí alcanzan cinco o siete personas porque sí hay viento y la vela nos lleva.

Jonathan Quiñónez, dueño de una de las lanchas que sacó la isla al mar, arrimaba su bote y subía a la gente:

—Tomen asiento en los tablones y vayan llenando los puestos. Los pasajeros que alcancen se van en mi bote. No se preocupen los que siguen en la isla porque ya viene otra lancha.

Había algunos turistas que ansiaban quedarse hasta el final. Con Gabriel cerraban la casa, cruzaban la madera y se despedían del tambor sin luz.

Volvían entre olas negras sintiendo la mirada del adiós. Así era como la isla dormía arrullada por un amor. La gente planeaba volver del otro lado del día porque quería cantar otra vez. La isla era ese sueño que un día todos inventaron y que lo podían ver al final del horizonte.

Foto 54: La esperanza de volver al horizonte



Autor: Cristina Correa Rosales

14. Grita por tus sueños

A dos años del tiempo de la isla me encuentro en un sendero con Gabriel conversando de aquel día que él inventó. Mientras caminamos en Santo Domingo, Gabriel mira al cielo con el latido de su corazón. Cuenta como cerca del cruce del río caen semillas del sol. Camina entre piedras y sus manos recogen sueños en el aire. Porque entre sus dedos lleva la esperanza para sembrarlo en el vivero de su jardín.

Al otro lado del vecino un hombre corta el silencio. Con la sierra eléctrica desaparece la unión de una caña de bambú. Gabriel acelera el paso para no atrasarse, porque quiere salvar lo que queda de la naturaleza. Solo él escucha el llanto de los pájaros al ver como sus hogares se estrellan.

En el filo del río hay un hoyo. Gabriel lo señala y me dice:

—Recoja esa tierra buena y póngala en la maceta.

Porque mientras los de al frente cortan Gabriel siembra, mientras ellos matan él me enseña a creer en la vida.

Foto 55: Creer, aunque no se pueda ver

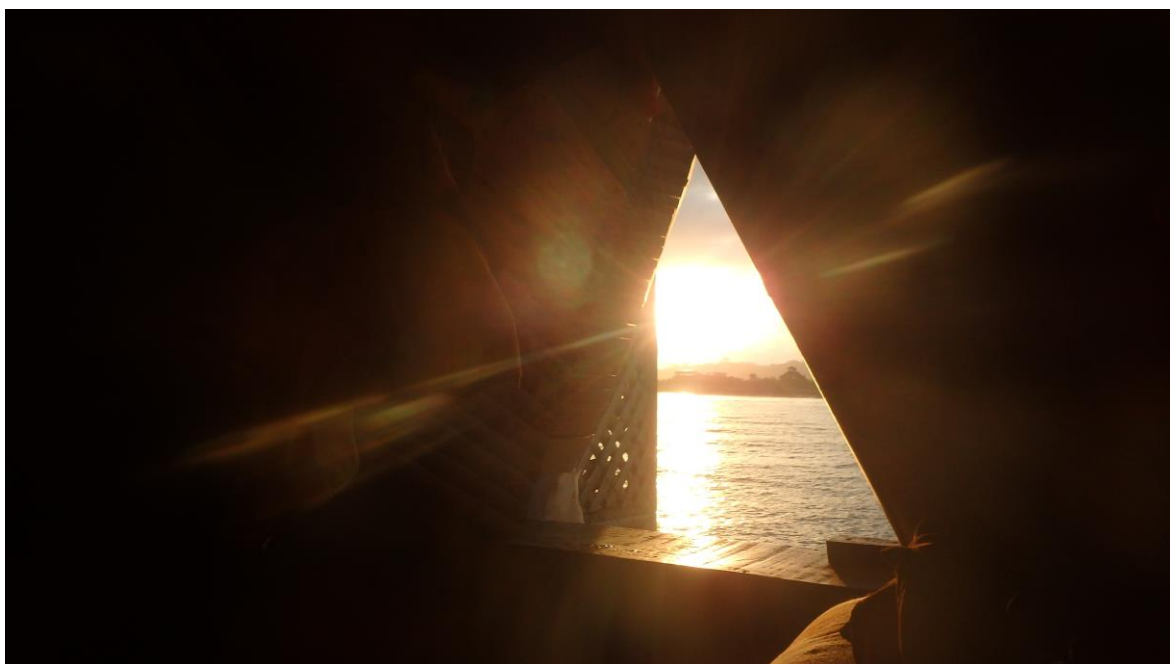


Autor: Cristina Correa Rosales

Mientras truena el auxilio de una naturaleza que llora Gabriel sigue luchando, sigue sembrando. Con los dedos atrapa tierra de chocolate y siembra las pepas de las frutas que come. Con agua en botellones de plásticos coloca el tallo de una flor sin corazón. En silencio recoge lágrimas de ese nido sin adiós.

Los héroes pueden corregir el error ajeno porque cuando los otros matan ellos viven, y se multiplican. Cuando el hacha golpea en seco el árbol que no quiere caer, Gabriel vuelve a sembrar, pero en otro frente, porque cuando salva una vida tiene que volverla a plantar.

Foto 56: Por la ventana de la isla brillaba el sol



Autor: Gabriel Correa Rosales

Gabriel tiene una ilusión que nunca se termina. Cuando tenía cuatro años un día me preguntó:

—¿Cristi qué quiere ser de grande? Yo quiero ser inventor.

Quién se hubiera imaginado que pondría solución a la contaminación de los plásticos. Cuando él tenía cuatro años yo tenía siete. Armábamos mundos de juguetes

mientras caía la tarde. Regresábamos del colegio con la ilusión de que el castillo no se haya derrumbado, porque con legos levantábamos mundos de gigantes.

Fue así como la infancia predijo lo que Gabriel iba a transformar: plásticos de juguetes en castillos, plásticos de basura en una canción. Eso era el sueño de la Isla Gurukan, era la esperanza de hombres y mujeres gritando paz, llorando en silencio por restaurar el planeta Tierra.

Foto 57: Recordando un cuento



Gabriel Correa Rosales (izquierda) y Cristina Correa Rosales (derecha).

Autor: María Eugenia Rosales

En Mompiche se reunieron sollozos del mundo entero. Llegaron defensores de animales, defensores de árboles, agua, aire y selva. Todos se quedaron paralizados al ver al loco que construyó un sueño a la orilla del río: la Isla Gurukan. Así fue como dejando su

lamento entregaron sus fuerzas para armar de nuevo su corazón. Muchos sacaron etiquetas, dividieron los plásticos y llenaron los canastos del gran colchón.

Ahora caminamos en la selva de Santo Domingo a dos horas de distancia del sueño de Mompiche. Gabriel sigue mirando la vida, sigue observando a quién levantar. La vida consiste en reconstruir lo que a los otros no les importa, armar al desarmado para que salga adelante y enseñarle a volver a cantar.

Cuando Gabriel piensa su rostro se enciende y entre sus cejas se forma un puente. Los jóvenes deben preguntarse a qué velocidad late su corazón, porque todos tienen ideas vivas que poco a poco las olvidan y las matan. Es ahí donde está la fuerza de la disciplina y la determinación. El sueño existe porque alguien lo hace realidad y la isla que vive dentro de cada uno sólo un genio es capaz de crearla.

Foto 58: Milagro de 70.133 botellas de plástico



Autor: Gabriel Correa Rosales

Cuando la isla marcaba el ritmo todo Mompiche soñaba con creer. Cada uno pensaba en los pasos que un día bailó. Gabriel llevó a miles en sus brazos y enseñó la naturaleza viviente otra vez.

Hoy, a finales del año 2016, Mompiche se pregunta: ¿Quién quiere dibujar las olas esta vez? Gabriel se prepara para un nuevo viaje, para un nuevo invento. Lija sus tablas y pule sus sueños, porque dentro suyo algo le dice que ya es tiempo. De reojo lo miro y caigo en cuenta que el secreto no son sus ojos, sino lo que él mira cuando los otros no ven.

15. Un sueño que se va

La isla como la ola más larga del mundo se acercó a su final. Atravesaba por desgracia la última página del cuento, la Isla Gurukan se despedía. Llegó marzo y la isla sentía que su tiempo marcaba el fin. Era el sexto día del tercer mes del año 2015. Gabriel sabía que, al encontrar la marea, la boca del río y aquella ola mansa la isla debía partir. Cruzó el pueblo y llamó al barco, y con un sí destrozó un pedazo de su corazón. Debió haberle dolido mucho alzar las anclas, debió haber llorado al decirle al mar adiós.

Con una lancha atada al mástil la isla se despedía. Miraba al horizonte eterno y se alejaba del sol. Dejaba su número, dejaba su dirección. Como novia enamorada del cielo le decía que no había manera, no quería romperle el corazón. El horizonte ponía atención y le acompañaba con el viento. Mientras lloraba se despedía y con su boca soplaba el sol. La isla entraba por el río que no había crecido lo suficiente. Gabriel recordaba aquel momento del final como una mano diciéndole adiós: «la boca estaba estrecha, pasó raspando». Era su isla que como niña se aferraba al pedazo de suelo que le quedaba de mar. Era ella mirando lo que nunca podría olvidar.

Con sus dedos tocaba los pedazos que había roto en el corazón del sol mientras unas lágrimas dividían aquel cielo. El sol de lejos la veía y a lo lejos la observaba. Ella en un barco se marchaba sin poder decir adiós y de vez en cuando se volteaba para contarle cuanto lo amó. Entre las olas se llevaba esos recuerdos que la perseguirían cada noche y en sus manos tenía el rastro de aquel sol que dibujó. Por el cielo huían gritos para lanzarse de aquel barco y entre las olas se ahogaba un silencio. En sus ojos lloraba mientras su sol le dejaba partir. El sol de lejos le condenaba a un remordimiento de prisión y observándola se tragaba lágrimas de papel. Las huellas en la arena la perseguirían por donde sea que vaya y

en las noches la luna le volvería a reclamar. Su conciencia la odiaría por matar esas palabras que su sol necesitó. Ella al verlo se calló, nunca exclamó que se despegue del cielo, que cruce las olas y no le deje escapar. En silencio daba alaridos, en silencio se ahogaba. Eran gritos de ayuda pidiéndole al sol su cuento, eran aullidos para detener aquel final.

El tiempo escribía ese amor para que unas letras lo hagan eterno, para que unas lágrimas lo vuelvan inmortal. La diosa pintó al sol ese día en sus ojos para que él recuerde lo que dibujó. Cruzó el brazo del río y el río abrazó a su hija que lloraba caminando de regreso. La marea estaba baja y despacito se empezó a mover para cantarle al oído que llegaría la solución. La tristeza se acercó a la orilla para entregarle un regalo: el orgullo de haber amado al sol en ese cuento de botellas de plástico.

Foto 59: Recuérdame Mompiche



Autor: Cristina Correa Rosales

Los turistas nunca esperaban despertar de aquel sueño, pero la temporada había cerrado la puerta como lo hacía en marzo cada año. Gabriel miraba el horizonte rescatando el final de su canción: “en media hora, nadie sabía nada... de repente ya no estaba la isla en el mar, estaba guardada”. Gabriel no quiso contar al pueblo que la isla llegaba a su final, no quería hacer llorar a los que un día miraron por el otro lado. La isla era esa promesa

donde el ser humano podía alcanzar las estrellas y despedirse de lo que había sido dejaba el alma en dos.

Gabriel acababa de escribir la historia de su isla y se preparaba para el adiós. Era su plataforma pequeñita que se convirtió en el sueño de gigantes. Ahora sentía el futuro que venía a llevarle en alas, porque quería transformar al mundo con su invención.

Sentada junto a Gabriel observo el recuerdo de lo que la isla fue. Al hablar de aquel sendero se siente su caminar otra vez, porque marcar la historia con hechos increíbles despegan a Gabriel del suelo y mirar un pasado inmenso es vivirlo, aunque ya no esté. Gabriel mira y mientras mira canta en silencio, porque al ver su acto ve la gloria y ese regalo no le quita nadie.

Caminar por Mompiche es abrir un cuento, es rugir con ese tigre, es mirar otra vez a su Isla Gurukán. Atravesar las olas es no poder olvidar, es sentir en la espuma unas lágrimas y es dejar de temblar. Por el cielo el sol susurra otra vez esa canción, intentado llamar a la diosa, intentado despertar su corazón.

Al final del horizonte las nubes se vuelven hermosas y entre las olas se ve un jinete desafiando el tiempo: es Gabriel que vuela por los aires, es Gabriel pintando los sueños del viento.

Foto 60: Gabriel despidiéndose de su diosa, diciéndole al mar adiós



Autor: Cristina Correa Rosales

Bibliografía

- Tolkien, J. (1997). *El Señor de los Anillos - I La Comunidad del Anillo*. Barcelona, España: Minotauro.
- Moreno, J. R. (1891). *La Flor y la Nube*. León, Guanajuato, México: Imprenta y Librería de Murguía.
- Ecuavisa. (28 de Marzo de 2012). *Ecuavisa*. Retrieved 5 de Octubre de 2016 from Extracción de arena negra en Mompiche causa malestar en moradores: <http://www.ecuavisa.com/noticias/regionales-costa/47344-extraccion-de-arena-negra-en-mompiche-causa-malestar-en-moradores.html>
- Landeta, D. (4 de Agosto de 2014). *Mompiche, una joya escondida en el sur de Esmeraldas*. Retrieved 1 de Octubre de 2016 from El Comercio: www.elcomercio.com/tendencias/mompiche-joya-escondida-sur-esmeraldas.html
- El Comercio. (3 de Noviembre de 2012). *La producción de palma ahora es ecológica*. Retrieved 8 de Octubre de 2016 from El Comercio: <http://www.elcomercio.com/actualidad/negocios/produccion-de-palma-ahora-ecologica.html>
- Bam-bú Hotel Resto-Bar. (2014). *Bam-Bú Hotel Resto-Bar Mompiche Ecuador*. Retrieved 7 de Noviembre de 2016 from Bam-Bú Hotel Resto-Bar: <http://www.bambu-hotel.com>
- Sistema Biobolsa. (2016). *Manual de Biol.* México D.F., México.
- Vera, D. (2010). *Fascículo Provincial Esmeraldas*. Quito, Pichincha, Ecuador: INEC.
- INEC. (2010). *Población y Demografía - Instituto Nacional de Estadística y Censos*. Retrieved 20 de Noviembre de 2016 from INEC: <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/censo-de-poblacion-y-vivienda/>
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia. (2014). *El Libro del Mar*. La Paz, Bolivia: ISBN (SPA).
- Morán Ubidia, J. (2015). *Construir con Bambú "Caña de Guayaquil" (3era Edición ed.)*. Lima, Perú: INBAR Red Internacional de Bambú y Ratán.

Londoño, X. (2010). *Identificación Taxonómica de los Bambúes de la Región Noroccidental del Perú*. Lima, Perú: PERUBAMBÚ.

Röben, E. (2003). *El Reciclaje*. Loja, Loja, Ecuador: Municipio de Loja DED.

Hidalgo, O. (1981). *Manual de Construcción con Bambú*. Bogotá, Colombia: Estudios Técnicos Colombianos LTDA.

Rodríguez, R. (2016). *Guías Didácticas de Educación Ambiental*. Andalucía, España.